EL TEATRO

JOSE FERNANDEZ del VILLAR

Colonia de Lilas

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/coloniadelilasco2125fern

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO II 27 FEBRERO 1926 NÚM. 22

José F. del Villar

COLONIA DE LILAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO VICTORIA EUGENIA, DE SAN SEBASTIÁN EL 17 DE AGOSTO DE 1925.

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

LA LOCURA DE DON JUAN

POR

CARLOS ARNICHES

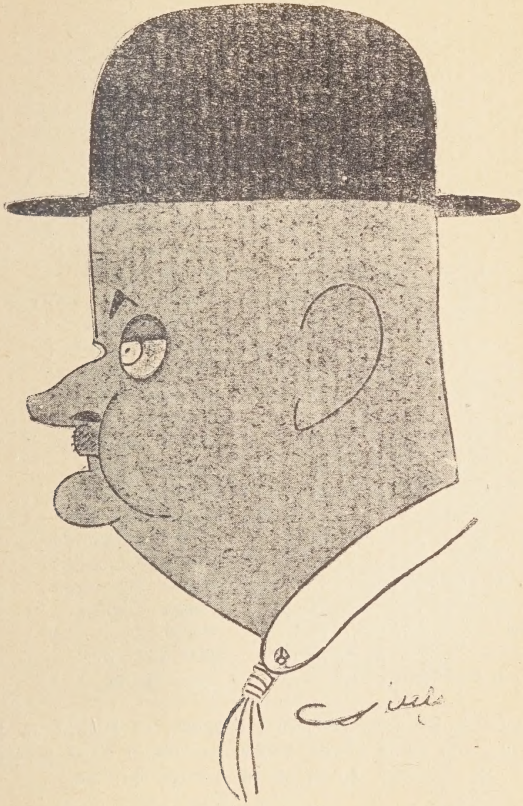
PORTADA DE

MEL

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. BÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID



JOSÉ F. DEL VILLAR

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María Clara	*Amparo Martí.*
Charito la Hebrea	*Angelina Vilar.*
Tita Filo	*Mercedes Sampedro.*
Dorita	*Monserrat Blanch.*
Doña Cristina	*María Brú.*
Africa	*Milagros G. Guijarro.*
Fifí	*Carmen Martí.*
Mercedes	*Eulalia Blanch.*
Carmela	*Amparo Martínez.*
Lalo Pinares...	*Antonio Suárez.*
Gonzalo	*Pedro F. Cuenca.*
Felipe Luis	*Pedro Sepúlveda.*
Don Carlos	*Salvador Mora.*
El Marqués de Somovilla	*Alfonso Tudela.*
Don Francisco	*Pedro González.*
Tono Vidal	*José M. Gallardo.*
Popo Liñán...	*Pedro Valdivieso.*
Quico Bermúdez	*Rafael M. Acebal.*
Federico	*Pedro Valdivieso.*
Retama...	*Rafael M. Acebal.*
Un Camarero...	*José Blanch.*
Un Peón Caminero	*José Blanch.*

La acción de los actos primero y segundo, en Madrid; la del tercero, en Pinos de la Sierra, pueblo imaginario de la provincia de Segovia, en la sierra del Guadarrama.

Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Las escenas de este primer acto se desarrollan en el saloncito de recibir del amplio cuarto que, en una casa de nueva planta del aristocrático barrio de Argüelles, en Madrid, ocupan don Francisco Vidal y su familia. Puerta al foro, que da a un pasillo, y una en cada lateral. El saloncito está adornado al gusto moderno, con muebles estilo inglés, cortinas de damasco, suelo de parquet, alfombras, tapices, etc., etc. Es de día, por la mañana, en primavera.

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco entran, por la derecha, precedidos por Tono Vidal, su amigos Lalo Pinares, Popo Liñán y Quico Bermúdez. Los cuatro son pollos de estos que hemos dado en llamar "bien", quizá por paradoja, y visten elegantes trajes de mañana.)

TONO. Pasad, chicos; pasad, que no os come nadie. Tampoco se ve aquí rastro de persona. A mi familia se la ha tragao la tierra, por lo visto.

LALO. Estará en la calle.

TONO. Seguramente. Ahora nos enteraremos. *(Toca un timbre y luego se asoma al pasillo del foro, llamando a voces.)* ¡Mercedes! ¡Mercedes! *(Por el foro aparece Mercedes, una linda doncellita.)*

MER. ¿Llamaba el señorito?

QUICO. *(A Lalo.)* ¡Mi madre, qué señora!

LALO. Pero ¿tú no conoces a Mercedes?

QUICO. No tengo el gusto.

POPO. ¡Es definitiva!

LALO. ¡Una pochez! *(A Mercedes.)* ¡Ven aquí, muchacha! *(La coge de un brazo y se aprovecha lo que puede.)* Con tu permiso, Tono, le voy a presentar a éste a tu doncella. *(A Quico.)* ¡Fíjate qué monumento! Y que no hay escayola ni cemento armao, no vayas a pensar-

te... ¡No hay más que piedra berroqueña! Acércate y comprueba. *(Dándole palmaditas en un brazo.)* ¡Macizo! ¡Ma...! *(Sintiendo un vértigo.)* ¡María Santísima!

MER. *(Desprendiéndose de Lalo airadamente.)* Pero ¡suélteme usté! ¡Rediez con el señorito! ¡Ni que fuera usté músico!

LALO. ¿Yo músico? ¿Por qué?

MER. ¡A ver! ¡Por lo que toca! ¡Gachó con el socio! Tié usté un porvenir en la Banda Municipal. *(Popo y Quico se ríen.)*

POPO. ¡Te ha matao!

QUICO. ¡Te ha dejao corrido!

LALO. ¡Y que lo digas! Corrido por la Municipal.

TONO. Bueno; oye tú, Mercedes...

MER. ¿Señorito?

TONO. ¿Se sabe qué ha sido de mi gente?

MER. Los señores salieron en el auto con la señorita María Clara, a comprarle el regalo de su cumpleaños.

LALO. Pero ¿hoy es el cumpleaños de tu hermana?

TONO. Hoy, veintitrés de junio.

LALO. ¡Hombre, haberlo dicho! Eso se avisa.

TONO. Tú eres como de casa y no tienes que preocuparte de esas cosas.

LALO. Sin embargo. Hubiera tenido gusto... ¿Qué va a decir María Clara?

TONO. *(A Mercedes.)* ¿Y hace mucho que salieron?

MER. Cuestión de media hora.

TONO. Entonces no pueden tardar. ¿Y mi tío?

MER. El señorito Felipe Luis se marchó antes.

TONO. Habrá ido a ver cómo colocan las últimas piedras del Palacio de Bellas Artes.

MER. No sé.

POPO. Pero ¿sigue con su manía?

TONO. Aumentada por días, chico. Es ya una obsesión. Un hombre que en toda su vida no ha hecho más que las digestiones, resulta ahora el ser más enamorao del trabajo. ¡Del trabajo de los demás! Tú me dirás si hay quien lo entienda.

LALO. *(Riéndose.)* ¡Es famoso tu tío!

TONO. Mi tío lo que es el primer guaja. ¡Menudo peine está! *(A Mercedes.)* Y en todo ese tiempo, ¿no ha venido nadie, Mercedes? ¿Ninguna visita, ningún recao?...

MER. Un chico con una cesta de flores para la señorita María Clara.

TONO. ¿Con flores a María? *(Se ríen todos.)*

LALO. ¡Señores, qué herencia!

QUICO. ¿A quién se le habrá ocurrido semejante antigualla?

POPO. Las flores ya no se ven por el mundo.

QUICO. Ni se estilan.

TONO. Me juego la cabeza a que un regalo de esa clase no lo ha podido mandar nadie más que el cursi del novio de mi hermana.

LALO. ¿El perfumista? *(Se vuelven a reír todos.)*

MER. La tarjeta dice: "Marqués de Somovilla". *(Los cuatro, al oír el nombre del Marqués, se miran entre sí y cesan de reírse.)*

TONO. ¡Ah, ya! ¡Del marqués! Eso es otra cosa. No sabíamos... ¡Muy delicada atención la suya! ¿Verdad?

LALO. ¡Calla, chico! ¡Delicadísima!

TONO. ¡Flores! ¡Qué espiritualidad y qué buen gusto! Somovilla siempre "chic" y siempre en su sitio. Arruinao o no, él cumple con sus amistades como un perfecto "gentleman".

POPO. Es un hombre admirable.

LALO. ¡Y qué memoria! ¿Eh? Acordarse del día de hoy, con las cosas que debe tener en la cabeza. *(Popo y Quico se ríen.)*

TONO. ¡Ironías, no, Lalo!

LALO. Te juro que no lo he dicho con segunda, ni quería referirme a lo de su mujer. Hablaba de corazón y en su alabanza. Como es la verdad. Acordarse de que hoy es el cumpleaños de tu hermana, cuando a mí, que tenía más motivos que él para no olvidarlo, se me había pasao por alto, es algo que dice mucho en favor de Somovilla.

TONO. Puedes retirarte, Mercedes. *(Mercedes se va por el foro.)*

QUICO. Falta saber a quién le habrá sacao Somovilla los diez duros de la cesta.

LALO. ¡Hombre, Quico; eso, aunque sea verdad, es de un gusto deplorable! Ya sabemos todos que el marqués no tiene dos gordas; pero no hay que hacer comentarios sobre ello.

QUICO. Bien se conoce que a ti no te ha costao los cuartos.

POPO. *(En voz baja a Quico, mientras Lalo y Tono hablan aparte.)* Y que como Lalo lleva la misma marcha que el marqués, le conviene curarse en salud.

QUICO. ¡Ah! Pero ¿Lalo...?

POPO. ¿No lo sabías? Sablea... a un quinto que se encuentre por la calle. ¡Quinientas pesetas me debe a mí!

QUICO. ¡Pues cuéntalas con los muertos!

POPO. ¡Anda! Como que ya le he mandao hacer los recordatorios. Ahora, que el billete — no te creas tú—era un poco dudoso, y entre que me lo taladraran en el Banco o dárselo a Lalo, preferí hacer una obra de caridad.

QUICO. Tú siempre generoso, Popo.

LALO. ¡En serio, Tono, que no quiero historias! Déjame veinte duros, que me he salido de casa sin dinero y necesito comprarle cualquier frusleria a tu hermana. Precisamente por haber pasao lo que ha pasao, no quiero yo que digan...

TONO. Pero, chico, no seas idiota. ¿Qué van a decir ni qué obligación tienes tú?...

LALO. ¡Déjame veinte duros, Tono!

TONO. ¡Que no, hombre, que no! ¡Tendría que ver!

POPO. *(A Quico, confidencialmente.)* Le pide veinte para gastarse dos y guardarse diez y ocho. ¡Este Lalo Pinares es un águila!

LALO. *(Separándose de Tono.)* ¡Como quieras! ¡Me pones en el primer compromiso!

TONO. ¡Vamos, panoli! ¡Pues no lo tomas tú muy a pecho!

QUICO. Pero ¿qué pasa?

LALO. ¡Nada! ¿Qué va a pasar? Que acabo de enterarme, como vosotros, de que hoy es el cumpleaños de la hermana de éste; que la hermana de éste ha sido, como sabéis, mi pretendida durante mucho tiempo, y todos los años, mal que bien, yo le he hecho un obsequio en la fecha de su natalicio. Si este año, primero en que me ha desahuciao definitivamente para ponerse en relaciones con el perfumista, no le regalo nada, va a creer que es despecho, y con muchísima razón, además. Y yo recababa de Tono, al ver que no tenía dinero disponible de momento en mi bolsillo, que me prestara unas pesetas para cubrir el expediente y comprarle a María Clara aquí mismo, sin salir de la calle, una chuchería cualquiera: bombones, una muñeca, lo que fuera. El caso era no señalarme justamente cuando más quería pasar inadvertido; pero éste, que tiene una cabeza como de lo que es, de verdadero futbolista, dura como un peñón, me quiere poner en evidencia y se niega a concederme el crédito que le he pedido. Y en ésas estamos. ¡A ver qué opináis vosotros!

QUICO. Chico, pues nosotros...

TONO. *(Interrumpiéndole.)* Perdonad y no lo toméis a ofensa. *(A Lalo.)* Mira, Lalo, opinen éstos lo que opinen, me da igual. Como el desprecio que te ha hecho mi hermana me alcanza a mí también, porque demasiado sabía ella la buena amistad que nos unía y nos une, yo, no sólo me opongo a que le regales en el día de hoy ninguna cosa, sino que te comprometo, desde ahora mismo y sin que puedas alegar excusa ni pretexto, a que te quedes a comer con nosotros.

LALO. ¡Pero, chico!...

TONO. No hay evasiva que me baste. Te quedas a

comer y le damos la tarde al perfumista. Hoy va a ser día grande en esta casa. Con motivo de la festividad, están invitados, no sólo el novio de mi hermana, sino también su padre, que por primera vez viene a visitarnos. Creo que es un tipo de género chico.

LALO.. De género cuadrúpedo. Anda en dos pies por milagro divino.

TONO. Más a mi favor. Mi hermana ha invitado a mi prima Dorita. Tita Filo también creo que es de las comensales. Con el mismo derecho te invito yo a ti, que eres el amigo más íntimo que tengo. Y no hago extensiva a vosotros la invitación porque no sé si habrá chuletas para tantos.

POPO. ¡Tono, por Dios!

QUICO. *(A Popo.)* Lo que es si el perfumista se da cuenta de la broma, van a sobrar chuletas. ¡Y si no, al tiempo!...

TONO. *(A Lalo.)* De modo que no hay más que hablar. Te quedas a comer y santas Pascuas. La risa va por barrios, y hoy nos va a tocar reírnos a nosotros.

LALO. Como tú quieras. Si te pones así... Pero para mí es de una violencia, Tono...

TONO. Tú déjate estar. ¡Ya verá María Clara que no se puede jugar, como ella ha jugao, con un amigo mío! *(Por la derecha entra Felipe Luis, un solterón recalcitrante, de cuarenta y pico de años, orondo y lustroso, atildado y elegante. En la mano lleva una cajita de finísimos bombones, que acaba de comprar para obsequiar con ella a su sobrina María Clara.)*

FELIPE. ¡Felices, caballeros!

LALO. ¡Hola, don Felipe!

QUICO. ¡Buenos días, don Felipe!

POPO. ¡Salud, señor Hermoso!

TONO. ¿Qué hay, tío Felipe?

FELIPE. *(Soltando la caja de bombones sobre una mesita y arrellanándose en una butaca.)* Lo que tú digas, sobrino. La familia, ¿ha salido?

TONO. Ha salido.

FELIPE. Y yo que temía llegar tarde... *(Saca un puro y lo enciende.)*

LALO. *(Refiriéndose al puro.)* ¿Viudo, don Felipe?

FELIPE. ¿Quién? ¿Yo? Soltero.

LALO. Si digo el puro.

FELIPE. ¡Ah, ya! El puro, sí, viudo.

LALO. Le acompaño en el sentimiento.

FELIPE. Muchas gracias, en su nombre. Pero no le gastes chuflas, porque, míralo: está que arde. *(Y le enseña el puro encendido. Los muchachos ríen.)*

TONO. ¿Qué has hecho esta mañana, tío Felipe?

FELIPE. Ochenta cosas, hijo. ¡Bien la he aprovechado, no te creas! En primer lugar he estado más de una hora entretenido viendo subir los últimos sillares del nuevo Ministerio de Marina. ¡Qué admirable trabajo el de aquellos hombres: al sol, sudando el quilo, echando el bofe!... Las lágrimas se me han saltado un par de veces. ¡Qué abnegación, qué heroísmo el de los pobres obreros! Luego he ido al Hispano a cobrar un cheque. También es digna de encomio la labor de los empleados de los Bancos. ¡Qué actividad la suya, qué ir de un lado para otro, qué esfuerzo poderoso para atender a tanta gente! Confortador, confortador, sobrino, ver cómo todo el mundo trabaja y se mueve para procurar el sustento diario. Después, al cruzar de la calle de Sevilla a la de Peligros para comprar en la Mahonesa esta caja de bombones con destino a María Clara, me ha sido grato contemplar la ruda faena del guardia de la porra. ¡Qué espanto, hijo, qué no descansar ni un solo instante! *(Imitando el sonido de un silbato.)* ¡Pi! ¡Pi! Porra arriba. Coches parados. ¡Pi! ¡Pi! Porra abajo. Coches en circulación. Y vengan regates, y recortes, y ceñirse a los autos, y sortear a los simones, sin que le toque ninguno... ¡Genial! ¡Definitivo! ¡Qué gran hombre ese guardia!

Acabará molido. ¡Pobrecillo! ¡Cómo me pasma su labor y me conmueve!

LALO. Pero, bueno, don Felipe, dígame usted: ¿por qué les tiene usted ese amor y esa admiración a los trabajadores, cuando usted, según me ha confesado muchas veces, no ha hecho nada en su vida?

FELIPE. Pues, hijo, justamente por eso. Porque la admiración nace de la impotencia; porque uno admira y celebra precisamente aquello que no sabe hacer. ¿Pagarías tú diez duros por un tendido de sombra cuando torea Belmonte, ni cuarenta pesetas por una butaca del Real cuando canta Fleta, si tuvieras la voz de Fleta o el arte torero de Belmonte? Seguro que no. Pues algo parecido me sucede a mí con todo el que trabaja. Es bien sencillo. Yo, que no sé, ni he sabido nunca más que estar sentado, me parto el pecho por todo el que da un golpe. La cosa es de una claridad que no necesita reflectores.

LALO. Conforme, don Felipe; pero convendrá usted conmigo en que es para tirarse al suelo de risa.

FELIPE. Pues, hijo, tírate. Por mí, no lo dejes.

QUICO. ¡Qué don Felipe éste!

FELIPE. Y vosotros ¿qué? ¿Dónde habéis estado?

TONO Entrenándonos en el campo del Madrid para el partido de esta tarde. *(Por el foro cruza, de izuierda a derecha, Mercedes.)*

LALO ¡Tres horas dando patadas, don Felipe!

FELIPE. Eso no está mal, hijo mío. Cada cual da lo que puede. *(Por la derecha aparece Mercedes.)*

MER. ¿Señoritos? La señorita Filo con la señorita Dora.

FELIPE. *(Levantándose y buscando una salida.)* ¡Mi madre! ¡Sálvese el que pueda! Lo que es a mí no me cogen.

TONO. *(Sujetándolo.)* Pero, ¿dónde vas, tío Felipe?

FELIPE. Sobrino, huyendo de tu tía, que es una cataplasma.

TONO. No pensabas así cuando era joven, que hasta le hacías el amor.

FELIPE. Esos son cuentos de ellas.

TONO. *(A Mercedes.)* Diles que pasen aquí. *(Mercedes se marcha por la derecha.)*

FELIPE. ¡Suéltame, Tono!

LALO. No se vaya usted, don Felipe, que me hace a mí mucha gracia oírle a usted las cosas que le dice a doña Filo.

TONO. ¡Y que tú verás lo que va a adelantar con ocultarse! Está invitada a comer con nosotros...

FELIPE. ¡No me asustes, Tono!

TONO. Comprenderás que tratándose de una ceremonia familiar como la de hoy y siendo tita Filo hermana de papá, no se iba a prescindir de ella.

FELIPE. Pues ya se me ha indigestado la langosta, porque supongo que habrá langosta. Esas son argucias de tu padre para amargarme la comida, pero no le han de valer. Yo procuraré ingeniármelas de modo que lo que él pretende que me obre como revulsivo, me sirva de bicarbonato.

TONO. ¡Cualquiera que te oiga!...

FELIPE. Cualquiera que me oiga dirá que soy un hombre de buen gusto. Aguantar yo a esa solterona, rancia y ridícula, no la aguanto, Tono, no la aguanto.

TONO. *(Echándolo a broma.)* ¡Estás loco, tío Felipe! *(Por la derecha aparecen Tita Filo y Dorita, deteniéndose en el umbral de la puerta. Tita Filo es una señora desmedrada, acartonada, de cuarenta y tantos años, que presume de pollita, viste trajes claros y habla muy recortadamente. Dorita es una muchacha de veinte abriles, realmente atractiva y elegante. Ambas llevan en la mano sendos paquetitos.)*

FILO. ¿Se puede pasar?

TONO. *(Acudiendo a recibirlas.)* ¡Adelante, tía! ¡Pasa, Dorita! ¿De cuándo acá necesitáis vosotras pedir permiso para entrar en vuestra casa?

FILO. Podías no estar solo...

TONO. Y no lo estoy, pero son amigos de confianza.

Ya los conocéis. Lalo, Popo Liñán, Quico Bermúdez...

FILO. *(Saludándolos uno por uno.)* ¿Qué tal, Lalo? ¿Qué tal, Popo? ¿Qué tal, Quico?

FELIPE. *(Refiriéndose a Tita Filo.)* (¡Es el verdadero pájaro americano que se vende en la Puerta del Sol!)

LALO. *(Dándole la mano a Dorita.)* ¿Dorita?

DORI ¡Hola, buena pieza! *(Después saluda a Popo y a Quico.)*

FILO. *(Tendiéndole la mano a Felipe Luis.)* Felipe Luis Hermoso, Dios te guarde.

FELIPE. *(Con el mismo tono recortado que ella.)* Filomena Vidal, y a ti también. *(Dorita se acerca a saludar a Felipe Luis y luego se vuelve con Popo y Quico.)*

FILO. ¿Y Cristina? ¿Y Paco? ¿Y María Clara?

TONO. Ahora vendrán. Papá y mamá salieron con la niña para comprarle su regalito.

FILO. *(Mostrando el paquetito que lleva en la mano.)* Aquí le traigo yo el mío.

DORI. *(Mostrando también su paquete.)* ¡Y yo el mío!

LALO. (¡Todos con regalos! ¡Se va a notar más mi imprevisión!...) *(Dirigiéndose a Tono y en voz baja.)* ¡Déjame esos veinte duros, Tono!

TONO. Pero ¿vuelves a las mismas? ¿No te he dicho ya que no?

LALO. ¡Hombre, es que!...

TONO. No te canses en balde.

DORI. *(A Quico.)* ¡A ver cómo quedan ustedes esta tarde!

QUICO. ¿Va usted al partido?

DORI. Jugando usted, yo no pierdo uno.

QUICO. ¡Muy amable, Dorita! *(Se sientan unos y otros permanecen de pie, a su comodidad y procurando dar la mayor sensación de realidad posible. Felipe Luis se ha vuelto a arrellanar en el butacón y da chupadas a su veguero, sin preocuparse, al parecer, de la conversación, pero tomando parte en ella cuando lo juzga oportuno. Tita Filo no le quita ojo y de cuando en cuando*

suspira como mujer enamorada y no correspondida.)

DORI. Oye, Tono, ¿es verdad lo que nos han dicho, que habéis invitado a la comida a Gonzalo y a su padre?

TONO. Sí, chica; no ha habido otro remedio. De invitar a Gonzalo, como querían mamá y María Clara, era forzoso invitar también al padre. Como viven solos, sin más familia...

DORI. Ya, ya. Pero lo que no me explico es la invitación de Gonzalo. No hay razón para ello. Seis meses de relaciones, que son los que lleva con tu hermana, no obligan a este estrechamiento de lazos... Se ve que lo que quieren es amarrarlo bien, no se les vaya a escapar... *(Se ríe.)*

TONO. *(Ofendido.)* ¡Dorita!

FELIPE. No le contestes, Tono. ¿No observas que no habla ella, sino su despecho?

DORI. ¿Mi despecho? *(Vuelve a reírse.)* Por lo menos se creerá usted, don Felipe, que yo me componía por Gonzalo.

FELIPE. Tú, no sólo te componías, sino que te descomponías y hasta te descotabas dos dedidos más de lo acostumbrado por él.

DORI. ¿Por él?

FELIPE. Por él; porque te habías llegado a figurar que eras tú su preferida. Y cuando, llegada la hora de hablar, te encontraste que, en lugar de contigo, habló con María Clara... yo no diré que te llevaron los demonios, pero sí tu tía Filo, aquí presente, que para el caso es igual.

FILO. *(Airadamente.)* ¡Felipe Luis!

FELIPE. *(En el mismo tono.)* ¡Filomena!

FILO. ¡No me tientes!

FELIPE. *(Imperturbable.)* ¡Eso quisieras tú!

DORI. Es muy poca persona el perfumista para quitarme a mí el sueño, don Felipe.

LALO. ¡Y dí que sí, chiquilla!

FELIPE. ¡Otro que respira por la herida!

LALO. ¿Quién? ¿Yo?

FELIPE. ¡El moro Muza!

DORI. ¡Tanto hablar de ese niño como si en él se hubiera acabado el mundo!... ¡Jesús María! ¡Pues sí que es de una familia de abolengo para disputárselo! El padre empezó vendiendo jabones en la Corredera con una tabla colgada al cuello, y el hijo, aunque se haya hecho ingeniero químico, no ha encontrado todavía la fórmula para desterrar ese tufillo a *parvenú* y a palomino atontado que se desprende de toda su persona.

FELIPE. Pero el padre tiene hoy, como tú sabes bien, la mejor perfumería de Madrid, en la Carrera de San Jerónimo, y un capital de seis millones de pesetas, y el hijo, que además da la pequeña casualidad de que es hijo único, está rifado, lo que se dice rifado, por todas las chicas casaderas.

DORI. *(Con mal modo.)* ¡Pues que buen provecho le haga a la que le toque!

FELIPE. Le ha tocado a tu prima.

DORI. ¡Pues a mi prima!

FILO. *(Conciliadora.)* ¡Vamos, vamos!... Pero, ¿a qué ponerse así, Dorita?

DORI. ¡Este don Felipe, que no le gusta más que quemarme la sangre! *(Lalo, Popo Liñán, Quico Bermúdez y Tita Filo, forman corro alrededor de Dorita, consolándola. Por la derecha aparece Mercedes, que anuncia.)*

MER. Las señoritas de Lasarte.

TONO. ¡Que pasen! *(Mercedes se marcha.)* Se va a llenar la casa de gente antes de que llegue María Clara. *(Acudiendo a recibir a las recién llegadas.)* ¡Adelante, amiguitas, adelante! ¡Tanto honor para nosotros!... *(Por la derecha entran en escena Africa y Fifi, dos verdaderas monerías de muchachas, que visten elegantes y vaporosos trajes de mañana. Africa lleva en la mano un paquetito.)*

AFRICA. ¡Hola, Tono! ¿Y María Clara?

TONO. No puede tardar.

FIFI. Pero, ¿no está en casa? *(Saludan con verdadera efusión a Tita Filo, Dorita, Felipe Luis y Lalo Pinares.)*

AFRICA. ¡Dorita!... ¡Filo!... ¡Don Felipe! ¡Adiós, Lalo!

FIFI. *(A Dorita.)* ¡Chica, qué alegría encontrarte aquí!... ¡Filo! ¡Lalo!... ¡Don Felipe! *(Africa y Fifí saludan con una inclinación de cabeza a Popo Liñán y Quico Bermúdez, a la cual corresponden ellos en igual forma.)*

TONO. Pero, ¿no se conocen ustedes? Las señoritas de Lasarte, Africa y Fifí. Mis amigos Popo Liñán y Quico Bermúdez.

POPO. ¡Tanto gusto!

AFRICA. De vista, ya lo creo. ¿Quién no los conoce? Sobre todo a Quico. ¡Qué portero más formidable! ¡Y qué pantorrillazas tiene usted, hijo! ¡Vaya unas formas! ¿Verdad, Fifí?

FIFI. Con el traje del equipo es un sol.

QUICO. *(Ruborizado.)* Muchas gracias. Favor que ustedes me hacen.

FELIPE. *(Indignado.)* Pero, señores, por los clavos de Cristo, que eso era lo que en mis tiempos les decíamos los hombres a las mujeres: ¡qué bonitas piernas tiene usted! ¿Adónde vamos a parar?

LALO. ¡Todo cambia, don Felipe!

FELIPE. ¡Ya lo veo, ya; pero no lo comprendo! Y ese pasmao de Quico Bermúdez todavía se ruboriza y contesta como una damisela: favor que ustedes me hacen... ¡Vamos! Me dicen a mí lo que a él le han dicho, y doy un espectáculo. ¡Qué asco de juventud, qué asco! *(Y se va a marchar por la izquierda, pero Tita Filo lo detiene.)*

FILO. *(Con mirada amorosa y tierno acento.)* ¡Es que ya no hay hombres, Felipe Luis!

FELIPE. ¡No los hay, Filo! Y tú lo debes saber por experiencia.

FILO. *(Con indignación.)* ¡Grosero!

FELIPE. *(Al oído de Tita Filo.)* ¡Periquito! *(A los de-*

más.) Con permiso de ustedes. *(Vase por la izquierda.)*

TONO. *(En actitud de escuchar hacia la derecha.)* ¡A ver!... Sí. Me parece que son ellos. *(Saliendo por la puerta de la derecha y volviendo en seguida.)* Sí. Ellos son. ¡Ya tenéis aquí a María Clara! *(En efecto, por la derecha, entran María Clara, doña Cristina y don Francisco, con trajes de calle. María Clara es una chiquilla de veinte años, alegre y desenvuelta, pero juiciosa; doña Cristina, una señora de mediana edad, verdaderamente distinguida, y don Francisco, un caballero, en toda la extensión de la palabra. Entre los que llegan y los que están en escena se cruzan saludos y frases de afecto, dentro de la mayor efusividad.)*

CLARA. ¡Jesús! ¡Qué concurrencia! No merezco yo tanto. *(Besando a las mujeres y dándoles la mano a los hombres.)* ¡Tía Filo!

FILO. ¡Que los tengas muy felices, hija mía!

CRIS. ¡Tanto bueno por mi casa!...

AFRICA. ¡Doña Cristina!

FRAN. Así me gusta, así; que los amigos se acuerden de los amigos.

POPO. ¡Querido don Francisco!

FRAN. ¡Querido Popo!

CLARA. ¡Dorita! ¡Fifí! ¡Africa! ¡Hola, Popo! ¡Adiós, Quico! *(Saludando a Lalo con menos efusión que a los demás.)* ¿Cómo estás, Lalo?

LALO. Esperando tu llegada para desearte mil felicidades en el día de hoy.

CLARA. *(Secamente.)* Gracias, chico. *(Preguntando a los demás.)* ¿Y Gonzalo? ¿No ha venido Gonzalo?

TONO. Todavía no.

CLARA. ¡Es raro!

TONO. Hasta que no cierren la tienda...

CLARA. ¡Quizás!

TONO. ¡Seguro!

FILO. *(Entregándole a María Clara el paquetito que*

lleva en la mano.) María Clara, aquí tienes un modesto recuerdo de tu tía...

CLARA. ¡Pero, tita, por Dios! No había necesidad... *(Desatando el paquete y sacando una elegante polverita de plata.)* ¡Preciosa polvera! Dios te lo pague. *(Enseñándola a los demás.)* ¿Verdad que es preciosa?

FRAN. *(A Tito Filo.)* ¡Preciosa, hermana!

CRIS. De muy buen gusto.

AFRICA. ¡Muy linda! Mírala, Fifí.

FIFI. Sí que es bonita.

FILO. Yo me alegro de haber acertado. Como esta criatura tiene de todo...

DORI. Lo mío carece de importancia, chica. *(Dándole su paquetito.)* Unos pares de medias...

CLARA. *(Sacándolas del paquete.)* No digas, mujer; si son magníficas... ¡Ya te habrán costado!

FIFI. ¡Veremos si te gusta lo nuestro! Nada; una insignificancia. No vale la pena. *(A África.)* ¡Dáselo tú!

AFRICA. *(Dándole su paquetito.)* Chica, como estamos ya en pleno verano, hemos creído lo más propio regalarte un abanico. ¡La última novedad de Corominas!

CLARA. Muchas gracias; pero, ¿para qué os habéis metido en eso? *(Sacando el abanico de su caja y abriéndolo.)* ¡Una idealidad! ¡Precioso! ¡Precioso!

CRIS. No podrás quejarte, hija mía.

CLARA. Al contrario, mamá; estoy confundida, avergonzada...

LALO. *(Cogiendo la caja de bombones que dejó Felipe Luis sobre la mesita y dándosela a María Clara.)* Yo, María Clara, con el fin de endulzarte un poco la existencia, me he permitido traerte esta caja de bombones .. *(Popo, Quico y Tono quedan mudos de la sorpresa, y luego, repuestos, se ríen de la frescura de Lalo y hacen comentarios entre sí.)*

TONO. (Pero, ¿cómo? ¿Los bombones del tío Felipe? ¡Este Lalo es un cínico!)

LALO. *(A María Clara.)* No vale nada; no veas en ello más que mi buena voluntad, y que no te olvido.

CLARA. *(En tono desabrido.)* Gracias, Lalo; pero tú eres el que menos debías haberte preocupado de estas cosas.

LALO. En mi deseo de obsequiarte con algo...

CLARA. Ya tú sabes que conmigo estabas cumplido, chico.

POPO. *(A Quico, en voz baja.)* ¡Qué forma más delicada de reiterarle la licencia absoluta!

QUICO. *(A Popo.)* Aquí, Lalo Pinares ha dao en hueso.

FILO. *(Dirigiéndose a los padres de María Clara.)* ¿Y vosotros? ¿Y vosotros? ¡A ver qué le habéis comprado! ¡Que se enseñe!

CLARA. *(Mostrando una medalla de esmalte y piedras finas, que lleva colgada al cuello.)* ¡Digo! ¡Esta medalla! ¡Poco bonita que es! *(Todos se agolpan para ver la medalla, y cada cual va dando su opinión.)*

AFRICA. ¡Amigo! ¡Vaya una alhaja!

FILO. Donde lo hay, se gasta.

DORI. ¡Preciosa!

FIFI. ¡Divina!

LALO. ¡Un primor!

TONO. ¡Estupenda, chica!

AFRICA. ¡Que la disfrutes con salud!

CRIS. No merece la pena.

CLARA. ¿De verdad que os parece bien?

FILO. ¡Figúrate!

CLARA. A mí, francamente, me resulta muy elegante. No es llamativa, ni escandalosa... ¡Gusto de mamá!

POPO. ¡Buen gusto!

QUICO. ¡Vaya!

CRIS. ¿Y mi hermano? ¿Y Felipe Luis? ¿No ha venido?

TONO. Por aquí andaba hace poco.

CRIS. *(Asomándose a la puerta de la izquierda y llamando a voces.)* ¡Felipe Luis! ¿Dónde se mete esa criatura?

POPO. *(A Lalo.)* ¡Lalo, prepárate ahora!

LALO. Ahora ya no me importa. ¡Lo que yo quería era quedar bien, y he quedao!

POPO. ¡Eres un hacha! *(Por la derecha aparece Mercedes.)*

MER. ¿Señoritos? El señorito Gonzalo, con otro caballero que le acompaña.

FRAN. Que pasen al salón. Voy en seguida. *(Mercedes se va por la derecha.)* Con permiso de todos. *(Don Francisco saluda y se marcha también por la derecha.)*

FIFI. *(A Africa.)* Chica, hemos llegado a la hora de los panecillos.

AFRICA. *(A Fifi.)* Ya te lo dije yo.

FILO. *(A María Clara.)* ¡Veremos lo que te trae tu novio!

AFRICA. ¡Sí, sí! ¡Habrá que verlo!

CLARA. ¡Qué sé yo!

DORI. Pues, hija, es bien sencillo adivinarlo; jabón Heno de Pravia, o pasta Dens para los dientes. Si no se descuelga con algún artículo de perfumería, me defrauda el pollo. *(Las chicas, Lalo y Tono se ríen.)*

CLARA. *(A Dorita.)* ¡Qué rabia le tienes!

DORI. ¿Yo? No lo creas.

CLARA. ¡A la vista está!

AFRICA. Bueno, María Clara; nosotras nos retiramos.

CLARA. ¿Tan pronto?

CRIS. ¿No queréis pasar al comedor y tomar alguna cosita?

AFRICA. No, muchas gracias.

FIFI. Es ya tarde.

AFRICA. Nos esperan en casa.

FIFI. *(A María Clara.)* ¿Irás al partido?

CLARA. Creo que sí.

AFRICA. ¿Y al Ritz esta noche?

CLARA. Desde luego no.

AFRICA. ¿Tú irás, Dorita?

DORI. ¿Quién lo duda? Al partido y al Ritz.

AFRICA. Pues pásate por casa, a recogernos, si no te sirve de molestia.

DORI. Con mucho gusto.

AFRICA. *(Besando a María Clara.)* María Clara...

CLARA. ¡Adiós, Africa! ¡Adiós, Fifí! Y mil gracias por vuestro regalito, que ya sabéis que me ha gustado mucho.

AFRICA. No nos avergüences, mujer.

FIFI. *(Despidiéndose de Quico.)* ¿Quico?...

QUICO. Nos vamos también. *(Despidiéndose de María Clara.)* ¡Adiós, María Clara! Repito la felicitación.

CLARA. ¡Hasta luego, Quico!

POPO. *(Despidiéndose, primero de doña Cristina y luego de los demás.)* ¿Señora?... ¿Doña Filo?...

FILO. ¡Adiós, Popo!

POPO. ¿Dorita?... *(A Lalo.)* ¿Tú te quedas?

LALO. Ya has oído a éste. ¿Qué voy a hacer? Quedarme.

POPO. ¡Hasta después, entonces!

QUICO. ¡Adiós a todos!

TONO. Id con Dios.

(Se van por la derecha Africa, Fifí, Quico y Popo. Cuando se han marchado, María Clara habla aparte con su hermano.)

CLARA. Pero, oye, Tono, ¿por qué no se va Lalo con ésos?

TONO. Porque le he invitado yo a comer con nosotros.

CLARA. *(Con ira.)* ¿Qué?

TONO. En uso de mi perfecto derecho.

CLARA. Quieres amargarme el día, ¿verdad?

TONO. Quiero que sepas que no transijo con Gonzalo.

CLARA. Está bien. No sé de quién es mayor la desvergüenza: si la tuya invitándolo o la de él aceptando el convite.

TONO. Echaremos pajas, si te parece.

CLARA. ¡Tono! *(Corta esta violenta escena la llegada de don Francisco con Gonzalo y don Carlos. Gonzalo es un mozo de veinticinco años, arrogante, simpático, de buena presencia, que sin ser elegante se esfuerza en parecerlo, y don Carlos, su padre, un señor de cincuenta y tantos otoños, bastote, sencillo, campechano, de gran corazón*

y alegría sana y comunicativa. Gonzalo trae en la mano un voluminoso paquete que, al entrar, deja sobre una silla.)

FRAN. Pase usted, don Carlos. ¡Pasa, Gonzalito! ¡Cristina!... ¡María Clara, mira a quién tienes aquí!

CLARA. *(Corriendo a estrechar las manos de su novio.)* ¡Gonzalo!

GONZ. Perdona, si venimos un poco retrasados, pero ya sabes cómo es mi padre... ¡Hasta que no ha cerrado la perfumería!...

CAR. ¡Yo tengo la culpa, yo!

CLARA. *(Con un gesto de indulgencia.)* ¡Nadie, don Carlos!

CAR. *(A Gonzalo.)* ¿Lo estás oyendo? Tu novia es más razonable que tú. ¡Lo primero la obligación!

CLARA. ¡Naturalmente!

CAR. ¡Ya lo oyes! *(A María Clara.)* Es que no tiene usté idea de la que me ha armao por si llegábamos tarde.

CLARA. Pero... ¿de usted, don Carlos?

CAR. ¿Cómo?

CLARA. ¿Hablarme a mí de usted?

CAR. Pues de tú, hija; lo que quieras.

CLARA. ¡Así! ¡Así!

CAR. *(Saludando a doña Cristina.)* ¡Doña Cristina!

CRIS. *(Dándole la mano.)* ¿Qué tal, amigo mío?

CAR. Pa servirla a usté, señora. Y muchas gracias por esta "diferiencia" que han tenido ustedes de invitarme a comer hoy en su casa.

CRIS. ¿Quiere usted callar? ¡Por Dios! Era un deber en nosotros.

CAR. Sea lo que sea, yo lo estimo y lo agradezco tanto como el que hayan ustedes admitido a mi hijo por novio de María Clara. Pa mí es un honor que no sé cómo pagar.

FRAN. ¡Don Carlos!

CAR. ¡Que no sé cómo pagar, don Francisco! Y no es que mi hijo no pueda aspirar a casarse con quien quiera, que dineros tiene pa enterrar en oro a la más alta; pero ustedes son ustedes y...

¡Vamos! Que la familia Vidal en Madrid tiene un nombre y un crédito y es mucha honra pa mi hijo y pa mí emparentar con esa familia. ¡De corazón lo digo, don Francisco, de corazón, doña Cristina!

FRAN. ¡Vaya, vaya, amigo Ruiz, no exageremos! Cada cual es quien es y no hay uno más que otro. ¡Todos somos unos! Venga usted acá, que voy a presentarle... Mi hermana Filo.

CAR. Servidor de usté.

FILO. Muy honrada en estrechar su mano.

CAR. El honrao soy yo, señora.

FILO. *(Corrigiéndole.)* Señorita.

CAR. *(Sorprendido.)* ¿Señorita? ¿Por gusto?

FILO. *(Suspirando.)* A la fuerza ahorcan.

CAR. ¿Qué se le va a hacer? Paciencia.

FRAN. *(Continuando las presentaciones.)* Mi hijo Tono...

CAR. Servidor.

FRAN. Mi sobrina Dorita, hija de mi hermano Hermenegildo...

CAR. Servidor.

FRAN. Lalo Pinares...

CAR. Servidor.

FRAN. Don Carlos Ruiz.

CAR. Servidor. *(Mirando si queda alguno a quien estrechar la mano.)* ¿Hay más?

DORI. *(A Lalo.)* ¡Bueno! Que Gonzalo le regalaba jabones estaba escrito. ¡Fíjate en el paquete!

LALO. Y ¡qué jabones! Deben ser de "La Cibeles", cuando menos, porque fíjate tú también en el volumen del envoltorio.

DORI. *(Riéndose.)* ¡Es un cursi, chico! Hay que desengañarse.

LALO. ¿Cursi? Como que duerme con elástica. ¡No te digo más!

DORI. ¡Calla, fresco!

GONZ. *(Acercándose a saludar a Lalo y a Dorita.)* Buenás tardes, Lalo.

LALO. Buenas.

GONZ. Dorita, aunque usted no quiera...

DORI. El que parece que no quiere es usted.

CRIS. Nosotras, con su permiso, vamos allá dentro un instante a quitarnos siquiera los sombreros. Acabamos de llegar de la calle...

GONZ. ¡No faltaba más!

CAR. *(A Gonzalo, al ver que se marcha María Clara.)* ¡Pero, oye tú, pasmao, que se va y no le das eso! *(Se refiere al paquete.)*

GONZ. ¡Ah, sí, es verdad! ¡María Clara! *(Dándole el paquete a su novia.)* Toma. Para ti.

CLARA. *(Temerosa de que haya averiado Dorita y sean jabones efectivamente.)* Esto ¿qué es, Gonzalo?

GONZ. ¡Mi regalo, mujer!

CLARA. ¿Tu regalo?

GONZ. ¡Aquel juego de café que vimos juntos en casa de Espuñes y te gustó tanto! ¿No te acuerdas?

CLARA. *(Satisfecha y desafiando con la mirada a Dorita.)* ¡Ah, ya! ¡Pero, chico, por Dios! ¡Eres terrible! ¿A qué te has metido en ese gasto? ¡Es una locura! Con unos jabones que me hubieses traído de la tienda, ya estabas cumplido.

GONZ. ¿Qué dices, María Clara?

DORI. *(A Lalo.)* ¡Nos chafó!

GONZ. *(A María Clara.)* ¿Te burlas?

CLARA. *(Estrechándole las manos.)* ¡Pero no de ti!

CAR. De plata chipén el jueguecito—¿eh?—, na de Meneses, ni pamplinas; lo que se dice chipén. ¡Pa acuñar moneda en un caso de apuro! ¡Na más!

GONZ. *(Volado.)* ¡Papá, por Dios!

CAR. Eso, el novio; que el padre del novio trae algo más práctico pa osequiar a su futura nuera. ¡Ahí va, mocita! *(Le da a María Clara unos papeles.)* Una cartilla del Ahorro Postal, encabezá como encabeza el "A B C" toas las suscripciones: con mil pesetas. ¡Na más! ¡Cosas prácticas! *(Todos, incluso María Clara, se quedan estupefactos ante el inesperado regalo de don Carlos.)*

TONO. (¡Arrea!)

DORI. *(Disimulando la risa.)* (¡Mil pesetas!)

LALO. (¡Qué bestia!)

FILO. (¡Pero este hombre es de tela de saco!...)

CAR. *(Dándose cuenta de la situación.)* ¿Qué pasa? ¡Que yo me entere! ¿Es que he quedao mal? Porque, vamos, si he quedao mal, ya estoy recogiendo la cartilla y comprándole un par de bibelotes, que me salen más baratos. ¡Las cosas claras y el chocolate con canela!

FRAN. ¡No, don Carlos!

CRIS. ¡Por Dios!

CLARA. Usted no puede quedar mal con nadie y menos conmigo; al contrario. Muy agradecida a su atención, a la que, francamente, no le encuentro más defecto que el de parecerme excesiva.

CAR. ¡Eso, bueno!

CLARA. *(Dirigiéndose a Gonzalo y a don Carlos.)* De todas formas, muchas gracias, a ti y a usted don Carlos.

CRIS. *(Desde la puerta del foro.)* ¡Anda, niña!

CLARA. ¡Hasta ahora!

CRIS. ¿Vienes, Filo? ¿Vienes, Dorita?

DORI. Sí, vamos.

FILO. Con permiso *(Se marchan por el foro doña Cristina, María Clara, Dorita y Tita Filo, llevándose todos los regalos.)*

CAR. *(Encarándose con Lalo.)* ¡Cosas prácticas, señor!

LALO. Muy en su punto. ¡Ya lo creo! Cuando usted quiera me regala a mí otra.

FRAN. *(Sentándose.)* Siéntate, Gonzalo. Siéntese usted, don Carlos. *(Gonzalo y don Carlos se sientan cerca de don Francisco. Tono y Lalo hablan aparte, al fondo de la escena.)*

LALO. *(A Tono.)* ¡Es un rinoceronte!

TONO. ¡Calla, hombre, por Dios! ¡Y que mi hermana le tenga que llamar padre a esa mula de varas!...

CAR. *(A don Francisco.)* Yo siempre he tenido el "purito" de regalar cosas prácticas. *(Tono y Lalo hacen comentarios, en voz baja, de la equivocación de don Carlos. Lalo los observa.)*

GONZ. *(Corrigiendo a su padre.)* ¡Prurito, papá!
CAR. ¡Pues eso!
GONZ. Es que has dicho "purito".
CAR. ¡Pues eso!
GONZ. Y se dice prurito.
CAR. ¡Pues eso!
FRAN. ¿Qué más da, Gonzalo? ¡Déjalo que se explique como quiera!
GONZ. ¡No, señor; que parece que no sabe hablar y es una fatiga!
CAR. ¿Fatiga de qué, hijo mío? Si no sé hablar, culpa será de mis padres, que no me dieron educación. Y no por eso me avergüenzo de ellos. ¡Menos debes tú avengonzarte de mí, que te la he dao!
GONZ. No me has entendido, papá.
CAR. Don Francisco me conoce hace tiempo...
GONZ. Pero hay quien no te conoce, y me sabría mal que se burlaran de ti. *(Y mira a Tono.)*
FRAN. En mi casa, nadie, Gonzalo.
GONZ. Usted lo dice. *(Pausa.)*
FRAN. *(Comprendiendo lo que ocurre.)* ¿Tono?
TONO. ¿Papá?
FRAN. ¿Por qué no vas y le avisas a tío Felipe de que estamos aquí?
TONO. Como tú ordenes. *(Vase por el foro.)*
CAR. *(Esparciendo la mirada por la estancia.)* La verdad, don Francisco, que vive usté como un príncipe. ¡Hermosa finca!
FRAN. Sí que lo es; en el barrio de Argüelles casi todas. *(Levantándose.)* ¿Quiere usted ver el piso?
CAR. No...
FRAN. Ande; venga usted conmigo. Pase usted por aquí. Nos entretendremos en eso mientras disponen la comida, si le parece.
CAR. *(Levantándose.)* Usté manda.
FRAN. *(Invitándole a entrar por la puerta de la izquierda.)* Este es mi despacho.
CAR. ¡Buena pieza!
FRAN. Amplia, con luz directa...

CAR. Ya, ya. ¿Paga usted mucho?

FRAN. Nueve mil.

CAR. ¡Amigo, ya puede ser!... Por ese precio...

FRAN. Pase usted; pase usted, don Carlos. *(Se van los dos por la puerta de la izquierda, quedando solos en escena Lalo y Gonzalo.)*

GONZ. *(Sacando la petaca y ofreciéndole a Lalo un cigarrillo.)* ¿Un pitillo, Lalo?

LALO. *(Viendo el cigarrillo.)* ¿De cincuenta? No. Muchas gracias. *(Sacando un paquete de egipcios.)* ¿Quiere usted uno mío?

GONZ. ¿Egipcios? No me gustan.

LALO. *(Despectivamente.)* Parece imposible. No hay un muchacho que se estime en algo, que fume otra cosa.

GONZ. *(Apresurándose a coger el pitillo de Lalo.)* Deme a ver... *(Lo mira con curiosidad.)* ¿Qué marca?

LALO. *(Con aire de superioridad.)* La mejor: "Abdulla". ¡Ahí lo dice! *(Encienden los pitillos y fuman.)*

GONZ. *(Con acento de sinceridad.)* Desearía acostumbrarme, no crea usted... Yo comprendo que, para agradar a este nuevo mundo que ahora me rodea, he de perder muchos de mis hábitos y costumbres; pero no consigo amoldarme del todo y choco, sin querer, con la gente... ¡Es una fatalidad!

LALO. No se preocupe. Eso es al principio; pero, como decía el del chascarrillo del tren, ya se irá usted haciendo.

GONZ. Créame que lo deseo vivamente.

LALO. Lo imagino. Aunque no sea más que por serle grato a María Clara...

GONZ. ¡Desde luego! Y eso que María Clara, afortunadamente para mí, es quizás la única persona que transige con mis cosas, que me quiere tal como soy: rudo, incorrecto, un poco salvaje en ocasiones...

LALO. Sin embargo...

GONZ. Ya, ya. Estoy conforme.

LALO. Usted comprenderá que a María Clara le ha de gustar más que su novio sea un muchacho distinguido y mundano; que sepa...

GONZ. Desde luego, desde luego. ¡Y ya lo procuro! Pero, principalmente, son los demás los que yo veo y noto perfectamente que me hacen el vacío, que me critican, que se burlan de mis torpezas de hombre poco entrenado en la vida de sociedad y de buen tono.

LALO. No lo dirá usted por mí.

GONZ. Cierto que no.

LALO. Aunque otra cosa le hayan hecho creer, yo siento por usted, querido Gonzalo, una gran simpatía.

GONZ. Que yo le agradezco en el alma.

LALO. Puede usted estar seguro de que María Clara no ha sido nunca mi aspiración de hombre. La buena amistad que con su hermano Tono me une desde niño, me ha obligado a un trato de cordialidad con la muchacha que la gente ha interpretado, equivocadamente, por pretensión amorosa. Pero, se lo juro, nada tan lejos de mi pensamiento. Aparte de que yo sustento la teoría de que el matrimonio es una verdadera estupidez.

GONZ. ¡Lalo!

LALO. ¡Una estupidez completa, Gonzalito! ¿Qué necesidad tiene un hombre, como usted o como yo, de casarse, de perder su libertad y su independencia? Ninguna. Nada más agradable y divertido que tratar a las mujeres con quienes convivimos a diario como amigos, como camaradas, sin ese temor de caer, idiotamente, en la rutina del casamiento. El vulgo, que nos llama despectivamente pollos *bien* y nos censura el que bailemos con las muchachas como bailamos, sin alterársenos un nervio, es que no sabe que, para nosotros, las mujeres de nuestra clase no son más que eso: amigos, camaradas... ¡En la Cuesta, con una chica de Maxim's, ya la cosa varía!

GONZ. ¿Así, que usted cree?...

LALO. No creo, Gonzalo; practico mi teoría. Un *flirt* es de buen tono, pero un noviazgo es cursi.

GONZ. ¡Caray! Lanzada así la especie...

LALO. ¡Es cursi! No le dé usted vueltas. Haga usted memoria y dígame cuántas muchachas *bien* recuerda usted que tengan novio, novio formal, para casarse, como usted con María Clara. *(Se detiene un momento para dejar pensar a Gonzalo y luego continúa.)* En absoluto ninguna. Todo lo más, un sencillo *flirt*. Paloma Tovar tontea con Pipo Arozamendi, Antoñita Perales le hace cucamonas a Juanito Villar. Pacita Bolaños ha tomado de señorita de compañía, para que salga con ella por las tardes y le costee el cine y la merienda en Molinero, al hijo del Conde de las Moreras... Y así una legión; treinta o cuarenta, por lo menos. Noviazgo formal, formal, lo que se dice formal, con vistas a la Vicaría, no hay más que el de usted con María Clara.

GONZ. Con lo cual me quiere usted decir que estoy en ridículo.

LALO. Por lo menos, que es usted la excepción de la regla.

GONZ. Pues no lo siento.

LALO. Eso es aparte. ¡Allá cada cual con su criterio! *(Por la izquierda sale Felipe Luis.)*

FELIPE. Con permiso, señores. ¡Hola, Gonzalo! *(Y se dirige derechamente hacia la mesita donde se dejó la caja de bombones.)*

GONZ. Buenas tardes, don Felipe Luis.

FELIPE. *(Extrañado, al no encontrar la caja sobre la mesita.)* ¡Pero esto es maravilloso! Oye, Lalo, hijo mío, ¿tú has visto, por casualidad, una caja de bombones que me he dejado yo aquí?

LALO. *(Con aire de ingenuidad.)* ¿Una caja de bombones? No, señor.

FELIPE. ¡Es maravilloso! Y lo raro es que la que tú le has regalado a mi sobrina es idéntica a la que yo le traía.

LALO. ¿La ha comprado usted en la Mahonesa?

FELIPE. ¡En la Mahonesa!

LALO. *(Con aplomo.)* ¡Yo también!

FELIPE. ¡Por eso! ¡Es maravilloso, maravilloso! ¡Pues, señor, bien! ¿Dónde habré yo puesto la caja de bombones? ¡No me lo explico, no me lo explico! *(Vase por el foro, llevándose las manos a la cabeza.)*

GONZ. *(A Lalo, antes de tirar el cigarrillo que fuma.)* ¿Me dijo usted que se llamaban estos cigarrillos?...

LALO. "Abdullas".

GONZ Procuraré acordarme.

LALO. *(Echándole el brazo por encima a Gonzalo.)* Y... aunque sea indiscreta la pregunta, Gonzalo. ¿Hace mucho que no ve usted a Charito la Hebrea?

GONZ. *(Con gesto de profunda sorpresa.)* ¿Qué?

LALO. *(Riéndose, cínicamente.)* No se alarme usted, querido Gonzalito. ¡Estoy al cabo de la calle!

GONZ. *(Con acritud.)* ¿Qué quieren decir esas palabras?

LALO. *(Cortado.)* Nada, si usted se ofende. Perdone.

GONZ. ¿Quién ha podido contarle a usted?...

LALO. Nadie, Gonzalo. Repito que perdone usted mi indiscreción.

GONZ. Al contrario, Lalo; le exijo que se explique. Conozco a la Hebrea; pero entre esa mujer y yo, apenas si se han cruzado más palabras que las indispensables... Es cliente de casa... y alguna vez, incidentalmente...

LALO. Pero, ¿a usted le gusta?

GONZ. Mucho, muchísimo.

LALO. Y ¿no se le alcanza que eso para una mujer como la Hebrea no podía pasar inadvertido?

GONZ. ¿Acaso ella le ha informado?

LALO. Ella misma. Somos buenos amigos y no tiene secretos para mí.

GONZ. De todas formas, no comprendo, Lalo, lo que me quiere usted dar a entender con sus palabras.

LALO. Pues... que está usted perdiendo un tiempo precioso, Gonzalito. ¡Me consta!

GONZ. *(Con vivo interés.)* ¿Qué? ¿De veras? ¿No me engaña? ¡Dígame usted, Lalo, dígame! Le advierto a usted que es una mujer esa que me trae sin sueño hace una temporada.

LALO. *(Dejándose caer.)* ¿Y María Clara?

GONZ. *(Con dignidad.)* ¡Bah! No comparemos. ¿Qué tiene que ver?... Esto es sólo un capricho, el ansia de satisfacer un deseo.

LALO. Comprendido. ¡Pues sí, Gonzalo! Charito la Hebrea, la mujer más codiciada de Madrid, está absolutamente al alcance de su mano.

GONZ. No sé cómo.

LALO. Muy sencillo.

GONZ. Hablar con ella en la tienda lo he juzgado siempre peligroso; a pedirle una cita no me he atrevido nunca. Además, creo que el Conde de San Judas es el que corre con sus gastos y, la verdad, Lalo, yo soy muy tímido para estos asuntos, y en cuanto vislumbro la más ligera sombra de complicación en una mujer, por mucho que me guste, ya me tiene usted acobardado y metido en un rincón como si fuera un colegial. ¡No sirvo para tenorio, no sirvo!

LALO. Sin embargo, con el fin de vencer esa timidez, se me ocurre una idea.

GONZ. ¡A saber!

LALO. Casualmente, en el momento actual, el Conde se halla ausente de Madrid, ocupado por tierras cordobesas en la construcción de un funicular para subir a las ermitas... ¡Una de las muchas chilladuras del Conde! Charito se encuentra sola y esta noche puede usted, si quiere, entrevistarse con ella en el Ritz.

GONZ. ¿En el Ritz?

LALO. Sé que irá a la verbena y ningún sitio mejor que el jardín del hotel para que, sin infundir sospechas, hablen ustedes.

GONZ. ¿Podría ser eso así?

LALO. ¿Por qué no? Yo mismo, en mi deseo de ser-

virle, me presto a llevarle a usted hasta su mesa.

GONZ. ¿De veras, Lalo?

LALO. No tengo más que una palabra.

GONZ. ¿Cómo pagarle este favor?

LALO. No se preocupe de momento. Ya se presentarán las ocasiones.

GONZ. *(Estrechando la mano de Lalo.)* ¡Gracias, Lalo, muchas gracias!... *(Reaccionando.)* Pero, ¿esta noche? Ahora que caigo... ¡Esta noche no puede ser! Es el cumpleaños de María Clara y ¿cómo justificarle mi falta?

LALO. ¡Bah! ¡Así que no hay pretextos! Y más en hombre como usted, tan ocupado siempre, tan atareado... ¡Se ahoga usted en poca agua, Gonzalito! Un trabajo urgente, una avería en la fábrica, una reunión con otros ingenieros... ¡Ochenta excusas!

GONZ. *(Preocupado.)* No sé, Lalo, no sé. Si acaso María Clara llegara algún día a saber la verdad...

LALO. Le querría a usted más que ahora.

GONZ. ¿Cómo?

LALO. ¡Conoce usted muy poco a las mujeres, por lo visto! *(Haciendo como que desiste.)* ¡Pero, en fin, no quiero seducirle! Usted resuelva la cuestión como mejor lo crea. *(Insinuante.)* Cierto que la ocasión es tentadora y difícilmente se encontrará otra tan propicia... *(Volviéndole la espalda.)* ¡Pero, allá usted! Yo me lavo las manos.

GONZ. *(Después de pensarlo un poco.)* ¡Iré, Lalo, iré!

LALO. Quede bien sentado que es por su gusto.

GONZ. ¡Por mi gusto!

LALO. No tengamos luego historias...

GONZ. *(Con firmeza.)* ¡Iré!

LALO. ¿Nos veremos antes?

GONZ. Como usted quiera.

LALO. Por más que citándonos en el propio Ritz...

GONZ. ¡Pues en el Ritz!

LALO. ¿A las diez allí?
GONZ. ¡A las diez!
LALO. ¡Hecho!
GONZ. Y de esto, Lalo...
LALO. *(Dándole la mano.)* ¡Ni hablar! ¡Soy un amigo! *(Por la izquierda asoma la cabeza don Francisco.)*
FRAN. ¡Gonzalito!
GONZ. ¡Don Francisco!
FRAN. ¿Quieres hacer el favor un momento? Con tu permiso, Lalo.
LALO. Usted lo tiene. *(Se van por la izquierda don Francisco y Gonzalo. Cuando han desaparecido, Lalo, refiriéndose a Gonzalo, dice:)* ¡Es un pipiolo! *(Pausa. Por el foro entra María Clara.)*
CLARA. ¡Ah! ¿No está Gonzalo?
LALO. Acaba de llamarlo tu padre.
CLARA. Pensé que estaría aquí. *(Va a marcharse.)*
LALO. Aguarda, mujer; no tardará. ¿Tan enojosa te es ya mi presencia que ni un minuto quieres estar conmigo?
CLARA. ¡Tuya es la culpa de que me lo sea!
LALO. ¿Mía?
CLARA. Tuya, Eduardo, porque sólo pretendes mortificarme. Si Tono ha cometido la imprudencia de invitarte a comer, tú has debido tener la dignidad de no aceptar.
LALO. ¿Y crees que he aceptado?
CLARA. *(Con júbilo.)* ¡Ah! ¿No?
LALO. No.
CLARA. Tono me había dicho...
LALO. Para Tono sí me quedo; pero no hay caso. Ya sabes cómo se pone. Y como odia a tu novio más que yo, o tanto por lo menos, no perdona ocasión de hacerle sufrir con lo que sea.
CLARA. El procedimiento es el único para tenerme a mí más enamorada cada día.
LALO. Bien poco lo merece.
CLARA. ¿Quién? ¿Gonzalo? Eso no es de tu cuenta.
LALO. Si yo no era digno de ti, él tampoco. Y, al me-

nos, yo no tenía otro amor que el tuyo, que él, en cambio, lo comparte.

CLARA. *(En ascuas.)* ¿Qué dices, Lalo?

LALO. La verdad; que no eres tú sola la que mandas en su vida.

CLARA. ¡Calla, envidioso, mala sangre!

LALO. ¿Lo dudas?

CLARA. ¡Vete de aquí! ¿Para eso querías que me quedara?

LALO. Puedo darte una prueba.

CLARA. ¡Calla!

LALO. Tú confías en que vendrá esta noche a verte, como todas. ¿No es cierto? ¡Pues no vendrá!

CLARA. ¡Calla!

LALO. Y no vendrá porque la otra lo espera.

CLARA. ¡Mentira! Lo dices por enfadarme, porque riña con él; pero no lo consigues.

LALO. ¡Al tiempo!

CLARA. ¡Márchate, Lalo! ¡Y no vuelvas a dirigirme la palabra!

LALO. ¡María Clara!

CLARA. ¡Vete, mal corazón! ¡Vete! *(Lalo, viendo venir a Gonzalo por la izquierda, se adelanta hacia él, tendiéndole la mano.)*

LALO. ¡Querido Gonzalo!...

GONZ. ¿Se va usted?

LALO. Sí. ¡Ya nos veremos! Despídame usted de su padre. ¡Adiós, María Clara! ¡Adiós, Gonzalo! ¡Buenas tardes! *(Vase por la derecha. Gonzalo se acerca a María Clara, la cual procura disimular su pasado arrebato.)*

CLARA. ¿De dónde vienes?

GONZ. Del despacho, que me llamó tu padre para que le aclarase una duda. ¿Y tú?

CLARA. De allá dentro.

GONZ. ¿Estás contenta? Debes estarlo. Todos han sido a agasajarte...

CLARA. Todos, no. Alguno ha pretendido nublarme el día.

GONZ. ¿Quién?

CLARA. No tiene importancia; ya pasó. ¡Estoy contenta, Gonzalo!

GONZ. Yo, en cambio, volado con mi padre.

CLARA. ¿Por qué?

GONZ. El pobre está ya viejo y hace y dice muchas tonterías. Tenéis que disculparle. Poco acostumbrado a estas cosas... ¡Por supuesto, como yo! Chica, el gran mundo en que vives me va a sacar el sol de la cabeza.

CLARA. ¡Qué tonto eres, Gonzalo! ¿Y a qué te preocupas de esas bobadas? ¡No parece sino que yo me he enamorado de ti por pollo *bien*, cuando ha sido, precisamente, por todo lo contrario!... ¡No, chiquillo! Tú muéstrate tal cual eres, y no te metas en más. ¡Estaría bueno!... Y deja a tu padre que se comporte a su manera. Lo natural es siempre distinguido, y toda afectación es cursi.

GONZ. ¡Chica, hablas como un libro!

CLARA. No te sorprenda; es que acabo de ver el "A B C", y leyendo a Gil de Escalante se adquiere una soltura de expresión... *(Se ríe.)* ¿Tienes plan para hoy?

GONZ. El que tú me des. Hoy te pertenezco.

CLARA. ¿Hoy nada más?

GONZ. Hoy y siempre; pero más hoy, por ser tu cumpleaños.

CLARA. ¡De acuerdo! Pues, vamos a ver si te conviene lo pensado.

GONZ. ¡Vamos a ver!

CLARA. Esta tarde iremos al partido.

GONZ. Me parece muy bien.

CLARA. Juega Tono...

GONZ. ¡Que sí, mujer, que sí!

CLARA. Después merendaremos en "Viena", como siempre.

GONZ. Conforme.

CLARA. Y luego, a la noche, pasaremos la velada en casa del tío Hermenegildo.

GONZ. Ahí ya no sé qué decirte.

CLARA. ¿Por qué?

GONZ. Porque esta noche tengo yo una reunión con otros compañeros...

CLARA. ¿Qué?... Pues no vas.

GONZ. ¡María Clara!

CLARA. ¡Nada, nada; no vas! Les pones un pretexto y no vas. Tú esta noche no me faltas. Es mi cumpleaños y comprenderás que no me debes dar ese disgusto.

GONZ. Yo te prometo, María Clara, que si puedo arreglarlo...

CLARA. ¡Ya está arreglado! ¡Qué empeño en disgustarme! Tú vienes esta noche conmigo a casa del tío Hermenegildo.

GONZ. Conforme. Ese es mi gusto y eso haré, pero...

CLARA. ¡No admito peros!

GONZ. Como quieras. ¡Es incomprensible tu actitud!

CLARA. No lo es, Gonzalo, no lo es.

GONZ. Por una noche que falte... ¿Te he faltado alguna?

CLARA. No, pero esta noche vienes también. Tengo el presentimiento de que si me faltas esta noche me va a pasar alguna cosa mala.

GONZ. ¡Qué chiquilla!

CLARA. Deja de venir mañana, pasado, el otro; pero esta noche, ven, Gonzalo, ven. Yo te lo ruego. *(Por el foro aparece Mercedes.)*

MER. Los señoritos pueden pasar cuando gusten al comedor.

GONZ. ¡Ya mismo! *(Mercedes se marcha por el foro derecha.)* ¿Vamos, María Clara?

CLARA. Vamos. *(Se encaminan los dos hacia el foro.)* ¿Me juras, Gonzalo, que vendrás esta noche?

GONZ. Sí, mujer; ya te he dicho que haré todo lo posible, que veré la forma de disculparme con los compañeros...

CLARA. No, eso, no; júrame que vendrás. ¡Júramelo, Gonzalo!

GONZ. ¡Pero, qué manía!... *(Desaparecen por el foro hacia la izquierda. Por la derecha salen Mercedes y detrás Felipe Luis, con sombrero,*

guantes, bastón y otra caja de bombones en la mano.)

MER. *(Cruzando la escena, de la derecha al foro.)* ¡Ande usté, señorito, que ya están todos sentados a la mesa y no falta más que usté! ¡Que le están esperando!

FELIPE. ¡Sí, hija, sí! Pero como quiera que he tenido que volver a la Mahonesa por otra caja de bombones... ¡Lo que me pasa a mí, no le pasa a nadie! Dicen que no me muevo y el regalito de mi sobrina me ha costado dos viajes a la calle de Peligros y setenta pesetas. ¡Me he lucido! *(Desaparecen los dos por el foro, primero Mercedes y luego Felipe Luis; y las anteriores frases las dirán sin detenerse en escena, no importando que algunas se digan dentro. Cae el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Uno de los cenadores del jardín del Hotel Ritz, en noche de verbena. De los árboles penden bombillas de colores. En el espacio que ocupa el cenador, tres mesitas cubiertas por manteles, y sobre cada una de ellas, una lamparita portátil de luz eléctrica encendida. Entradas y salidas por todos los términos. El piso del jardín es de cemento. Mucha luz en la escena.

(Al levantarse el telón aparecen sentados a la mesita del primer término derecha, Lalo Pinares, Popo Liñán y Quico Bermúdez, tomando café y unas copas de coñac y discutiendo acaloradamente, sobre las incidencias del partido de foot-ball celebrado por la tarde. Los tres visten correctamente de smoking. De cuando en cuando, se oirán dentro unas cuantas piezas de música, bailables, interpretadas por un sexteto.)

LALO. *(A Popo.)* ¡Que no, hombre, que no; que es que tú no le das a un botijo!

POPO. ¡Lalo!

LALO. ¡Ni que os hubierais puesto todos de acuerdo para chafarme, lo hacéis peor que lo habéis hecho!

POPO. ¿Nosotros?

LALO. ¡Naturalmente! Pero, ¿cuándo has visto tú jugar de la manera que yo he jugado esta tarde? Y luego ¿para qué? Para quedar en ridículo. ¡Si cada vez que pienso en la faena!... Saca "andova" *(Por Quico)*, paro de cabeza y, a bote pronto, cambio, dando juego al ala izquierda, que estaba desmarcada. Te acordarás que este principio de jugadita me valió una ovación. El extremo, que es tan idiota como tú...

POPO. ¡Oye, Lalo!

LALO. *(Exaltándose.)* Tan idiota como tú y no retiro una sílaba, en vez de correr la línea y centrar, como es su obligación, se interna para darse el postín de marcar él, y, lógicamente, como no sabe *driblar*, le quitaron el balón en un abrir y cerrar de ojos. Entro yo, entonces, como un jabato y me lo llevo otra vez; me paso a los medios, a los defensas y, cuando lanzo un *chut* formidable, que ni la estupenda estirada del portero andaluz consigue parar, me pitan *offside* y me anulan el tanto.

POPO. ¡Desgracia!

LALO. ¿Desgracia? ¡Ya lo creo! La de jugar con vosotros... Tú te descolocas, el otro le arrea un leñazo al defensa derecha, sin tener el balón, y hace *faut*... Y gracias a que en ese momento no estábamos dentro del área, que si no tiene que pitarnos el árbitro un *penalty* y la derrota hubiese sido mayor.

QUICO. Lo triste es haber perdido un partido que era nuestro.

POPO. ¡Y tan nuestro!

LALO. ¡Lo triste es que nos hayan pasao los sevillanos!

QUICO. ¡Hombre, Lalo, que ese chiste sí que es de *penalty!*

LALO. ¡Estoy negro, Quico!

POPO. ¡Con lo bien que empezó la cosa!

LALO. ¡Calcula!

QUICO. Nosotros, dos, y ellos a cero.

POPO. Pero después reaccionaron y hay que convenir en que han jugao estupendamente.

LALO. Y ¿qué? Si tú no te armas el barullo que te armaste y Tono está en forma, ¿de dónde nos quitan la ventaja que les llevábamos? ¡Desengáñate, Popo! El partido de hoy no se ha debido perder. Y menos mal que Federico ha sido la verdadera muralla.

QUICO. Yo lo siento por Africa, que estaba allí.

LALO. Y yo por María Clara. ¡Poco que se habrán alegrao ella y el perfumista!

QUICO. ¡Hombre, no! Jugaba Tono también...

LALO. ¡A pesar de esto!

POPO. Pero oye, Lalo, vamos a ver: con formalidad. ¿Tú es que estás seriamente colao con María Clara?

LALO. ¡Anda éste, qué pregunta! ¿Ahora te enteras?

POPO. La verdad, chico; siempre he creído que ibas sólo al olor de la pasta.

LALO. ¡Pues te quivocas, Popo! Quiero a María Clara como nadie haya podido querer jamás a una mujer.

POPO. No sabía...

LALO. Y antes de que otro me la quite estoy dispuesto a apelar a todo, por bajo y absurdo que te parezca.

POPO. ¡Caray, chico! No te hacía capaz de una pasión semejante.

LALO. ¡Ahí tienes tú lo que son las cosas! Yo, tan materialista, tan despreocupao, tan viva la Virgen como me juzgáis, también llevo dentro mi drama. ¡Y qué drama!

QUICO. ¡Lalo, por Dios, que estamos en el Ritz y en la

verbena de San Juan! No nos amargues la noche.

LALO. ¡Descuida, Quico!

POPO. Ahora que me parece que el drama se te queda inédito.

LALO. ¿Cómo?

POPO. ¡A ver! Las relaciones de María Clara con Gonzalo van por muy buen camino y el casamiento es ya cosa resuelta.

LALO. ¡No se sabe nada, Popo!

POPO. ¿Qué dices?

LALO. ¡Yo soy un hombre de recursos!

POPO. ¡Ah! ¿Sí? ¡Caramba, qué ocasión! No sé si recordarte que me debes quinientas pesetas.

LALO. ¡Popo, que no estoy para chuflas!

POPO. ¡Mira éste, ni yo! Te lo digo en serio.

QUICO. Pero, ¿qué intentas, Lalo? Con franqueza. Aquí estamos entre amigos.

LALO. ¡Lo que sea, Quico, lo que sea! Desengañarla a ella, sembrar la duda en él!... ¡Lo que sea! Ya os he dicho que estoy dispuesto a apelar a todo. Yo, sin María Clara, no puedo vivir, os lo juro. *(Esto lo dice con absoluta sinceridad.)*

QUICO. ¡Chico, por Dios!

POPO. Estás hecho un Yago; de vía estrecha, pero un Yago. *(Se ríe.)*

LALO. No os burléis de mí; compadecedme más bien. *(Por el foro izquierda aparece el Marqués de Somovilla, un ilustre prócer arruinado, prematuramente envejecido por el abuso del alcohol. Siempre está borracho, pero siempre se muestra correcto y afable con todo el mundo. Viste de etiqueta y usa monóculo.)*

QUICO. *(Viendo aparecer al Marqués.)* ¡Azúcar! ¡Somovilla.) Nos cayó la helada. *(A un movimiento de huida de Lalo y Popo.)* ¡Quietos, que nos ha visto!

SOMO. *(Acercándose a la mesa de nuestros amigos.)* ¡Caballeros!... *(Todos se ponen de pie para saludarlo.)*

POPO. ¡Querido Marqués!

QUICO. ¿Qué tal, Marqués?

LALO. Amigo Somovilla, ¿cómo dice que le va?

SOMO. Siéntense, señores, siéntense, háganme el favor.

POPO. ¿No nos quiere usted acompañar un ratito?

SOMO. ¿Por qué no? Con mucho gusto. *(Lalo y Quico asesinan con las miradas a Popo. Se sientan.)*

LALO. ¿Qué va usted a tomar?

SOMO. Un whisky. *(Ahora es Quico el que quisiera matar a Lalo con los ojos.)*

LALO. *(Volviendo la cabeza hacia la izquierda.)* ¡Camarero! *(Por la izquierda aparece un Camarero, de calzón corto.)* ¡Un whisky para el Marqués!

CAMA. ¡Al momento, señor! *(Saluda y vase por la izquierda.)*

LALO. Whisky que hace el número... ¿Qué número, Marqués?

SOMO. No sé, amigo Lalo. Hoy he bebido poco. Me acabo de levantar.

POPO. ¿Ahora?

SOMO. Siguiendo mi costumbre de convertir el día en noche y la noche en día, al apuntar el sol me retiro a descansar y duermo hasta que anochece.

POPO. ¡Es curioso!

SOMO. De esta manera evito la ocasión de encontrármela.

POPO. ¿A quién, Marqués? *(A espaldas del Marqués, Lalo y Quico le hacen señas a Popo de que se calle y no le pregunte nada.)*

SOMO. ¿A quién ha de ser? ¡A ella! ¿No la conoce usted? ¿No le han dicho?...

QUICO. (¡Arrea! Ahora nos coloca la consabida historia de su mujer. ¡Estamos aviaos!)

SOMO. *(A Popo, con la mirada torva y el gesto trágico.)* Si la viese, tendría que matarla, y no quiero—¿sabe usted?—¡no quiero! Mis manos, que acariciaron suavemente su piel, no pueden ser dogales de su cuello. Por eso me amparo en la sombra, y para olvidar, bebo sin descanso.

"Yo voy por un camino; ella por otro..."

QUICO. *(A Lalo, en voz baja.)* Querrá decir con otro. ¡Este Marqués altera lamentablemente las preposiciones!

LALO. ¡Calla! *(Por la izquierda sale un Camarero, con lo pedido.)*

CAMA. El whisky, señor.

SOMO. ¡Bien venido sea el amigo leal! *(El Camarero sirve el whisky y después se marcha por la izquierda.)*

QUICO. *(Suspirando angustiado.)* (¡Bueno, más dramas, no; eso sí que no! Yo cambio la conversación ahora mismo.) Y ¿qué cuenta usted, Marqués? ¿Viene usted del salón? ¿Hay mucha gente?

SOMO. Poca. Está muy desanimada la verbena.

LALO. Todavía es temprano.

POPO. En cambio en el Prado no se puede dar un paso. ¡Lo popular venciendo a lo aristocrático!

QUICO. Y chicas guapas, ¿hay, Marqués?

SOMO. ¿Decentes o de las otras?

QUICO. ¿Qué más da? Siendo guapas.

SOMO. Ignoraba que tuviese usted la manga tan ancha, amigo Quico.

QUICO. ¡Hombre, para verlas no creo que haga falta un reconocimiento!... ¿Qué te parece, Lalo? ¿Nos damos una vuelta por el salón?

LALO. Debe hacer un calor horrible. Y aquí se está tan bien... Luego iremos. ¿Qué prisa te corre?

QUICO. ¡Eso te creerás tú! A lo mejor, ha venido ya Africa...

LALO. ¡Chico, qué fuerte te ha entrado! La has conocido esta mañana...

QUICO. Y ¿qué quieres? ¡Yo soy así! Me da el corazón que mi porvenir, como el de España, está en Africa. ¡Hasta luego, señores! *(Y se encamina hacia el foro.)*

LALO. ¡Pero ven acá!...

SOMO. ¡Déjele usted! Se va a aburrir como una ostra.

En todo el salón no hay más persona conocida que Charito la Hebrea.

LALO. *(Poniéndose rápidamente de pie.)* ¡Ah! Pero, ¿está Charito en el salón? ¡Aguarda, Quico, que me voy contigo! Con su permiso, Marqués. ¡Hasta ahora, Popo! *(Y se dirige hacia el foro.)*

POPO. *(Aterrado ante la idea de quedarse solo con el Marqués.)* ¡Oye, tú, Lalo!

LALO. *(Sin hacerle caso.)* ¡Hasta ahora! *(Coge del brazo a Quico y se marchan los dos por el foro izquierda, haciendo comentarios y riéndose de la situación en que dejan a Popo.)*

POPO. *(Tascando el freno.)* (¡Eso es! Y aquí me quedo yo, enganchao por la faja, como siempre que hay que aguantar a algún pelmazo. ¡Tiene poca gracia!)

SOMO. No crea usted que lamento la marcha de los amigos...

POPO. (¡Yo, sí!)

SOMO. Al contrario, celebro que nos hayan dejado solos, querido Popo.

POPO. (¡Yo, no!)

SOMO. Precisamente deseaba yo hablar con usted de un modo reservado...

POPO. (¡Malo! ¡Sablazo tenemos! ¡Pues era lo que me faltaba!)

SOMO. Usted es un hombre comprensivo...

POPO. (¡Malo, malo!)

SOMO. Y fácilmente, con pocas palabras, se hará cargo de mi situación, un poco precaria en el momento presente...

POPO. ¡Basta de preámbulos! *(Echándose mano a la cartera.)* ¿Cuánto, Marqués?

SOMO. Doscientas pesetas.

POPO. (Luego pide unas cantidades que ¿quién le dice que no las tiene? *(Sacando dos billetes de veinte duros.)* ¡Ahí van!

SOMO. *(Sin tomar el dinero.)* Esto no es un sablazo, amigo Popo.

POPO. Ya, ya. Son doscientas pesetas.

SOMO. En cuanto cobre mis rentas, se las devolveré a

usted. El Marqués de Somovilla no da sablazos; pide ayuda a sus amigos solamente cuando lo necesita...

POPO. Ya, ya. *(Dándole los billetes.)* ¡Doscientas pesetas!

SOMO. *(Guardándose el dinero.)* Gracias, Popo. He de pagar algunas pequeñas facturas... Unas flores que he mandado esta mañana a la chica de Vidal... Precisaba el dinero... ¡Gracias, Popo! Deber a un amigo honra la amistad; deber a un cualquiera denigra.

POPO. Ya, ya. ¡Honradísimo, Marqués! *(Popo apura de un trago su copa de coñac. Por el foro derecha aparecen María Clara, Tita Filo, Dorita, Africa, Fifí y Felipe Luis, ellas con trajes de "soirée" y chales de Manila y él de smoking o frac. Todos llegan alegres y contentos, menos María Clara, que da visibles muestras de disgusto y contrariedad.)*

DORI. ¡Chicas, qué aburrido está esto!

AFRICA. ¡Huy, qué espanto!

FILO. ¡Qué soledad!

FIFI. Un plan ostra, de los más ostra... ¡Por Dios!

FELIPE. Eso es ahora. Luego se animará.

FIFI. ¡Quite usted, don Felipe!

FELIPE. *(Echándose atrás como para dejar paso.)* ¿Estorbo?

FILO. *(Riéndose exageradamente de la tontería que ha dicho Felipe Luis y cogiéndose de su brazo para no caerse de risa.)* ¡Qué gracioso eres! ¡Estás sembrado, hijo!

FELIPE. Estaré sembrado, pero tú no sacas fruto de mí. Te lo advierto para que me dejes tranquilo, Filomena. *(Y con toda corrección le hace retirar el brazo.)*

FILO. *(Chafada.)* ¡Jesús, qué puerco espín! Ni por casualidad sabes agradecer una fineza... *(El Marqués y Popo se acercan a saludar a los recién llegados.)*

POPO. ¡Amigas mías!...

FELIPE. Si está aquí Popo. ¡Y el Marqués! *(Saludos, apretones de manos, etc.)*

SOMO. ¡María Clara!...

CLARA. Buenas noches, Marqués. Y muchas gracias por su recuerdo. ¡Muy linda cesta! Usted siempre tan fino...

SOMO. Un deber en mí, María Clara...

POPO. Y ¿cómo es eso, María Clara? ¿Usted en el Ritz? ¿No nos dijo que no vendría?

DORI. Y no quería venir, pero el novio ha tenido que hacer esta noche y, antes que dejarla aburrida en casa, la hemos obligado a que nos acompañe.

CLARA. Contra mi gusto.

DORI. Por eso digo que te hemos obligado.

POPO. *(En son de burla de buen género.)* ¡Ah! Pero ¿el novio ya empieza a sacar los pies del plato?

DORI. *(En voz baja, a Popo.)* ¡Por Dios! No le gaste usted bromas sobre ese asunto, que se pone furiosa.

AFRICA. *(Acercándose a Popo.)* ¿Y Quico?

POPO. Aquí estaba y se marchó al salón a ver si había usted llegao.

AFRICA. Es muy galante ese muchacho. Y se hace simpático al momento.

FIFI. ¡Qué rabia que hayan ustedes perdido el partido! *(Popo hace un gesto de resignación.)*

AFRICA. ¡Ay, sí! No me hable usted de eso. Yo tengo un coraje, que ni he comido siquiera. ¡Que lo diga mi hermana!

FIFI. ¡Mucha verdad!

POPO. Pues imagínese usted nosotros...

AFRICA. Pero, ¿qué les ha pasado a ustedes? Por supuesto, la desilusión ha sido tremenda. Con aquel comienzo de dos tantos seguidos, ¿quién podía creer que les iban a dar para el pelo? Y es que usted, en el segundo tiempo se abatató de una forma... ¿Verdad, Fifí?

FIFI. Hija, yo no vi más sino que lo arrollaron de mala manera y me dió una lástima...

POPO. Dios se lo pague. ¡Usted me comprende, Fifí!

FIFI. ¡Sí, señor, que le comprendo! *(Continúan ha-*

blando en voz baja, de pie, en el primer término derecha. Al fondo, charlan Tita Filo, el Marqués y Felipe Luis. María Clara y Dorita se han sentado en el primer término izquierda.)

CLARA. Tú algo sabes, Dorita, y no me lo quieres decir.

DORI. ¡Que no sé nada, mujer!

CLARA. No eres franca conmigo. Dime lo que sepas, en la seguridad de que de mí no ha de salir ni una palabra.

DORI. Chica, pues lo que yo sé es lo que Lalo me ha contado; pero como ese Lalo es tan trapisondista...

CLARA. ¡Habla!

DORI. Sencillamente; que hay una mujer que le gusta y que lo trae loco, y que esa mujer es Charito la Hebrea.

CLARA. ¿Una cualquiera, por lo visto?

DORI. ¡Figúrate! La amante de un conde o de un duque... ¡No sé!

CLARA. ¿Tú la conoces?

DORI. De vista. Una vez me la enseñaron en el paseo de coches del Retiro...

CLARA. ¿Y es guapa?

DORI. Muy guapa; eso, sí. ¡Una mujer espléndida!

CLARA. ¿Y Lalo te ha dicho?...

DORI. Nada más que eso. Pero, a lo mejor, son sus cosas. ¡No te fíes! Celoso como está y desesperado, ha podido inventar esa historia para vengarse de tus desdenes. ¡Cabe en lo posible! De todas formas, yo, en tu caso, no lo tomaría muy a pecho, porque, ¿quién te asegura que no sea verdad el que Gonzalo haya tenido necesidad de asistir a esa reunión de ingenieros de que te hablaba en la carta?

CLARA. Yo, que tengo la prueba de lo contrario. En el Centro, adonde he llamado por teléfono, me han dicho que allí no había noticias de tal reunión. Para mentir hay que atar muchos cabos, Dorita.

DORI. Siendo así, me callo.

CLARA. Y más me duele su proceder, porque no lo esperaba. ¡Te lo juro!

DORI. Tampoco es para que te pongas así... Si el engaño fuera con una de tu igual, comprendería tu disgusto; pero siendo con quien es, no debías ni preocuparte. ¡Hasta distinguido resulta!

CLARA. Para otra menos enamorada que yo.

DORI. No insisto. *(Por el foro aparece Quico Bermúdez.)*

QUICO. ¡Caramba, si están aquí las niñas!

AFRICA. ¡Hola, Quico! *(Nuevos saludos.)*

QUICO. ¡Doña Filo, qué elegante viene usted y qué guapa! ¡Si parece una pollita!

FILO. ¡Y lo soy, Quico; lo soy! Pero, ¿qué edad se cree usted que tengo yo? ¡Treinta y siete años, hijo; treinta y siete años!

FELIPE. *(En voz baja, a Quico.)* ¿Qué dice?

QUICO. Que tiene treinta y siete.

FELIPE. Eso es a la sombra; al sol pasa de cincuenta. *(Quico suelta la carcajada.)*

FIFI. ¿Viene usted del salón?

QUICO. Sí, Fifí; aburridísimo. No hay nadie; lo que se dice nadie.

DORI. Como que lo mejor era irnos al Prado, como ha hecho Tono, y, si acaso, dar luego una vuelta por aquí.

QUICO. Me parece muy bien. Y, por mi parte, no hay inconveniente.

DORI. ¿Quiere usted, don Felipe?

FELIPE. ¿El qué?

DORI. Que nos vayamos al Prado. Lo que había que ver en el Ritz, ya está visto.

FELIPE. Estoy a vuestra disposición, hijas mías.

DORI. ¡Eso! Y así entraremos en el tubo de la risa, que tengo yo muchas ganas de verlo.

FELIPE. Pero, hija; yendo constantemente con tu tía Filo, ¿para qué más tubo de la risa?

DORI. ¡Don Felipe... que todavía se va usted a casar con ella!

FELIPE. ¡No lo permita Dios!

DORI. *(Animando a María Clara.)* ¡Anda, María Clara! No seas tonta. ¡Anímate, mujer! ¡Qué tonta eres!

FELIPE. ¿Usted se queda, Marqués?

SOMO. Sí; me quedo.

FELIPE. Hasta después, entonces. *(Se marchan todos, animadamente por el foro derecha, menos el Marqués, que se va por el foro izquierda. Antes de salir, Popo detiene a Quico.)*

POPO. *(A Quico.)* ¿No querías tú saber esta mañana a quién le habría sacao Somovilla los diez duros de la cesta de María Clara?... ¡Pues me los ha sacao a mí, con treinta más!

QUICO. *(En son de burla.)* ¿A ti? ¡Que sea enhorabuena, chico! Me devuelves la vida. Temblando estaba de ser yo el pagano. ¿Has sido tú? Te felicito y me felicito.

POPO. ¡Una gracia vuestra la de dejarme solo con él! ¡Y que tardó mucho en tirarse a fondo!... *(Imitando la voz del Marqués.)* Deber a un amigo...

QUICO. *(En el mismo tono.)* Honra la amistad; deber a un cualquiera, etcétera, etcétera, etcétera. Conozco el disco; me lo sé de memoria. ¡Anda, que se nos van las chicas! *(Salen por el foro derecha. Queda la escena sola. Por la izquierda aparecen Lalo Pinares y Charito La Hebrea, una hermosa mujer de veintitantos años, morena, de ojos grandes y negros; viste elegantísimamente. Se supone que Lalo ha debido decirle algo gracioso, porque ella entra en escena riéndose mucho. Se sientan los dos a la mesa del primer término derecha.)*

CHARI. Pero, ¿qué dices, Lalo? ¡Vamos, tú estás loco! ¿Que le haga yo el amor al perfumista?

LALO. No me has entendido, Charo. Lo que yo pretendo es que lo entretengas esta noche, por lo menos, haciéndole creer que no te es indiferente.

CHARI. Y eso, ¿para qué?

LALO. ¿Te va a costar mucho trabajo?

CHARI. Ninguno, porque, además, ya sabes tú que Gon-

zalo me gusta hace tiempo; pero, vamos, necesito que me expliques el porqué de la pantomima.

LALO. ¡Señor, por gusto!

CHARI. *(Con sorna y sin dar crédito a las palabras de Lalo.)* ¡Ay, por gusto!

LALO. ¡Un capricho mío! ¿Tiene algo de particular, o es que temes que se entere San Judas?

CHARI. Lo mismo me da a mí que se entere San Judas, que San Marcos, con tal de enterarme yo primero. Conque explícate, porque eso tiene truco. ¿Cuánto te vale a ti la papeleta?

LALO. Oye; pero, ¿por quién me tomas?

CHARI. ¡Anda, qué gracioso! ¡Por lo que eres: el primer fresco de Madrid! ¡Así que nos conocemos de ayer mañana!

LALO. Y suponiendo que, efectivamente, me valiese unas pesetas, ¿estás dispuesta a hacer lo que te digo?

CHARI. Según y cómo. Si partimos, sí.

LALO. Partiremos.

CHARI. Pues no hay más que hablar. Estoy a tus órdenes.

LALO. *(Mirando hacia el foro izquierda.)* ¡Silencio, que llega él! *(En efecto, por el foro izquierda aparece Gonzalo, de smoking. Lalo acude a recibirlo con los brazos abiertos.)* ¡Querido Gonzalito!

GONZ. ¡Querido Lalo!

LALO. *(En voz baja.)* Aquí está ella. He cumplido mi palabra.

GONZ. Gracias, Lalo.

LALO. Y a María Clara, ¿qué?

GONZ. La he enviado una carta diciéndola que me era imposible verla esta noche, por ser indispensable mi presencia en una junta con otros compañeros.

LALO. ¿Ve usted? Si a las mujeres se las convence fácilmente.

GONZ. No lo crea usted, que puede que esta aventura me cueste un disgusto serio con mi novia.

LALO. *(Con fingida conmiseración.)* ¿Es posible? Lo sentiría.

GONZ. ¡Y yo! Pero, como dijo no sé qué rey: París bien vale una misa.

LALO. ¡Y que viene esta noche como para decírsela cantada! ¡Es usted el hombre de la suerte! *(Aproximándose a la mesa de Charito, en unión de Gonzalo.)* Charito, tengo el gusto de presentarte a mi amigo Gonzalo Ruiz...

GONZ. Ya creo que nos conocemos, y hasta que hemos hablado alguna vez...

CHARI. Muy cierto. *(Se dan la mano.)* ¿No quiere usted sentarse?

GONZ. Si usted me lo consiente...

CHARI. ¿Cómo no? *(Se sientan Lalo y Gonzalo.)*

LALO. ¡Un gran admirador tuyo, Charito!

GONZ. ¡Ya lo sabe ella!

CHARI. Muy amable.

GONZ. *(Sacando su pitillera y ofreciéndole un pitillo a Charito.)* ¿Un cigarrillo?

CHARI. ¿Egipcios?

LALO. *(Sacando su petaca.)* ¡Deje usted, Gonzalo! Charito los preferirá de estos míos.

GONZ. ¿Por qué? Son iguales. Abdullas. ¡Los que yo fumo siempre!

LALO. (¡Qué cínico! ¡Me arrugó!)

CHARI. *(Aceptando un pitillo de Gonzalo.)* Gracias, Gonzalo. *(Encienden los pitillos y fuman.)*

GONZ. ¿Me permiten ustedes que les invite a una botella de champagne?

LALO. Es temprano; mejor luego en la Cuesta. ¿No, Charo?

CHARI. Como dispongas.

GONZ. ¡Ah! Pero, ¿no nos quedamos aquí?

LALO. ¡De ninguna manera! Esto es un velatorio. ¿Ha estado usted, por casualidad, en el salón?

GONZ. He venido directamente al jardín.

LALO. Por eso. ¡Muy triste la fiesta!

GONZ. ¡Ah! ¿Sí?

LALO. ¡Muy triste! Cuatro loros y media docena de chicas "regular". Gente "bien", poca.

CHARI. Se está poniendo esto de lo más *demodé*...

GONZ. ¿Mucho tiempo ausente el Conde de Madrid, Charito?

CHARI. No sé; me figuro que sí. Han surgido conflictos y complicaciones en el asunto del funicular, y acaso permanezca en Córdoba todo el verano.

GONZ. Cosa que usted lamentará profundamente.

CHARI. Lo dirá usted en chufla, porque, vamos...

LALO. Como que lo que no se explica, Charito—y perdona, chica, que yo me meta en lo que no me importa—, es que una mujer de tu postín se avenga a soportar las chinchorrerías de ese viejo.

CHARI. Dame tú un joven con sus condiciones... *(Haciendo la señal del dinero.)* y ya verás si las aguanto.

LALO. ¡Anda! Pues muy cerca de ti tienes uno que está dispuesto a lo que sea menester. ¿No, Gonzalo?

GONZ. También lo sabe ella hace tiempo.

CHARI. Es que Gonzalo no es libre.

LALO. ¿Quién lo ha dicho? Soltero y solo en la vida.

CHARI. Soltero, pero con novia.

LALO. ¿Qué más da?

CHARI. ¿No ha de dar? Yo seré lo que se quiera, pero incapaz de hacerle un mal tercio a otra mujer.

LALO. ¡Vamos, chica! ¿No te lo hicieron a ti antes?

CHARI. Razón de sobra para que yo procure evitárselo a las demás.

LALO. ¡Sí que eres romántica!

CHARI. Y ¿qué quieres? Por lo mismo que el origen de mi desgracia fué la mala acción de aquel granuja, que me dejó con la ropa hecha para la boda por irse detrás de una cualquiera y con su charranada me hizo caer en esta vida que ahora llevo, yo me juré a mí misma, desde entonces, cortarme antes la mano derecha que querer nunca a un hombre que estuviese comprometido.

GONZ. *(Con interés.)* Pero, ¿usted, Charito?... no sabía...

CHARI. Sí, Gonzalo, sí. Conque, ya lo sabe usted para que deje de hacerse ilusiones; el hombre a quien yo quiera no ha de tener compromiso ninguno que lo ate. ¡Es condición precisa para ganar mi voluntad!

LALO. Pues ya lo oye usted, Gonzalo. ¡Será forzoso reñir con María Clara!

CHARI. *(Saltando como un resorte.)* ¡Calla, víbora! ¿Qué estás diciendo? No le aconsejes disparates. Gonzalo hace muy bien en querer a esa muchacha, que es digna de él y que lo hará feliz. No pienses que todos sean como tú, tan cínicos, tan sinvergüenzas... *(Gonzalo se ríe.)*

LALO. ¡Chica, no ofendas! Haz el favor.

CHARI. ¿Ofender? Hacía tu retrato.

LALO. Conforme, pero ya tú sabes que a todo el que es feo no le gusta salir parecido en la fotografía. Conque, retoca, Charo, retoca.

CHARI. *(Riéndose.)* ¡Qué fresco eres!

GONZ. ¿Quiere decir, entonces, Charito, que debo perder toda esperanza?

CHARI. Sí, Gonzalo; debe usted perderla. Usted ya tiene trazado su camino; no se aparte de él. A usted no le van bien ciertas cosas. ¡Créame! Es un consejo leal.

LALO. Pero, bueno, y ¿quién te mete a ti...?

CHARI. ¡Créame, Gonzalo!

LALO. (Sí que me ha fastidiao esta Magdalena arrepentida!...) *(Por la izquierda aparecen don Francisco y don Carlos, de smoking.)*

GONZ. *(En ascuas.)* ¡Aguanta! ¡Mi padre y don Francisco! *(Se pone de pie.)*

FRAN. *(Sorprendido.)* ¡Gonzalo!

CAR. *(Secamente.)* ¿Qué haces tú aquí?

LALO. *(Desde su sitio.)* Buenas noches, señores.

FRAN. *(Con desprecio.)* Buenas noches. *(Mientras Gonzalo habla con su padre y con don Francisco, Lalo increpa en voz baja a Charito por la conducta seguida.)*

GONZ. *(Con cierto azoramiento.)* Pues... ¡nada! Les extrañará verme... ¡Claro! ¡A mí también! ¡A mí también verles a ustedes! Pues... ¡Eso! Que se terminó la junta antes de lo que esperaba y, como ya le había escrito a María Clara diciéndole que no iría esta noche, aburrido, me vine aquí y me encontré con Lalo, que estaba con esa señorita... y... y... nada más. ¡Nada más!

CAR. Sabes que no me gusta que frecuentes los sitios donde se reúne la colonia de lilas. ¡Te lo tengo dicho, Gonzalo!

GONZ. Pues... ¡a ver dónde estás tú, papá!

CAR. Yo vengo a mi negocio.

FRAN. ¿La colonia de lilas dice usted, don Carlos? ¿Y qué es ello?

GONZ. Es que papá tiene la costumbre de designar todo lo que ve con nombres de la perfumería.

CAR. Verdad que sí. Y le llamo colonia de lilas, pa que usté se entere, don Francisco, a toa esa colección de pollos "bien", como se dice ahora, que van por la calle siendo el hágame usté reír de la gente, con el hongo hasta las orejas, la americana entrabillá y el junquillo en la mano, andando a saltos, como si fuesen siempre cuesta arriba.

FRAN. ¡Es curioso! Y el mote, un verdadero acierto.

CAR. Acierto o no, lo que yo le pido a Dios es que mi hijo no se me pase a la colonia. Y el condenao parece que lo hace a posta... ¡Pero antes le parto un hueso!

GONZ. ¡Papá!

FRAN. ¡Don Carlos!

CAR. ¡Vete! ¡Vete, Gonzalo! ¡Y que esto no se vuelva a repetir!

GONZ. Hasta luego, papá. Hasta mañana, don Francisco. Y a María Clara no le diga usted que me ha visto. Se llevaría un disgusto.

CAR. ¡Además, eso!

FRAN. Márchate descuidado, que nada le diré.

GONZ. Gracias, don Francisco.

FRAN. ¡Adiós, hombre!

GONZ. *(Acercándose a Lalo y a Charito.)* Vámonos, si les parece a ustedes, que la noche se ha metido en agua.

LALO. ¿Pasa algo?

GONZ. ¡Calcule usted! Menos mal que don Francisco es un hombre inteligente.

LALO. Y ¿adónde vamos: a la Cuesta o a la verbena?

GONZ. Donde sea. La cuestión es quitarnos de enmedio. Y perdone usted, Charito...

CHARI. Al contrario: sentiría que por mi causa...

GONZ. ¡Por Dios!... A la puerta les espero.

LALO. *(Saludando a don Francisco y don Carlos.)* Buenas noches, señores.

CAR. Buenas noches.

FRAN. Buenas noches. *(Charito saluda con una inclinación de cabeza y sale por el foro derecha, seguida de Lalo. Gonzalo se va por izquierda.)*

CAR. *(Por Charito.)* ¡Y es guapa la criatura! *(Se sientan.)*

FRAN. ¡Sí que es guapa!

CAR. ¡Condenao chaval!

FRAN. La edad lo disculpa.

CAR. Que le gusten las mujeres no me importa; sale en eso a su padre. Pero que sea pollo "bien"... ¡Vamos, que no! ¡Antes muerto! La vida me paso predicándole, pero al arrastrao le tira lo que ve. ¡Natural! Quedan ya tan pocos hombres... ¡Tó está contaminao, don Francisco! Y a mí, pulseritas, no; americana entrabiliá, no; chaleco Tutankamen, no; nudito chiquirritín de la corbata, no; eso, no.

FRAN. También usted exagera, don Carlos.

CAR. No exagero, don Francisco, que por ahí se empieza. Y este hijo mío, que no ha dicho en su vida, porque yo he puesto buen cuidao en ello, ni bestial, ni burral, ni plan ostra, ni ninguna de esas pamplinas que le oye usted a diario a los pollitos "bien", hace ya unos meses, desde que se reúne con estos nuevos amiguitos, que no se le pregunta qué le parece una cosa que no conteste: ¡está jamón! Y ve una mujer gua-

pa y... ¡jamón! Y un auto de lujo y... ¡jamón! Y unos tirantes y... ¡jamón! ¡Y es ya mucho jamón, canastos!

FRAN. *(Riéndose.)* ¡Qué hombre tan pintoresco es usted, don Carlos!

CAR. ¿Se ríe usted?

FRAN. ¿No he de reírme? Es usted delicioso. *(Levantándose para saludar a El Marqués de Somovilla, que sale por el foro derecha.)* ¡Mi gran amigo Somovilla!

SOMO. ¡Señor Vidal!

FRAN. ¡Tanto tiempo sin verle! Nos tiene usted olvidados.

SOMO. Eso, nunca, Vidal; ya lo sabe usted.

FRAN. Ya lo sé, ya lo sé.

SOMO. *(Saludando a don Carlos.)* ¿Cómo va, señor Ruiz?

CAR. Bien, ¿y usted, Marqués?

SOMO. Tirando.

CAR. ¿De qué?

SOMO. De la vida.

CAR. Ya. Si es de la vida... *(Se sientan.)*

SOMO. *(A don Francisco.)* Acabo de saludar a su chica, Vidal.

FRAN. ¿A María Clara? Pero, ¿está aquí? Nada sabía...

SOMO. Ha estado, por lo menos, con Dorita, Filo y Felipe Luis...

FRAN. Ya, ya.

SOMO. Se marcharon todos aburridos a dar unas vueltas por el Prado.

FRAN. Ya.

SOMO. Y a usted, amigo Ruiz ¿cómo le va en su negocio?

CAR. Pues como a usted en la vida; tirando.

SOMO. ¿Se vende poco?

CAR. ¡Pchs!

SOMO. ¿Pronto de veraneo, Vidal?

FRAN. Como siempre; a primero de julio.

SOMO. A ver si un día, antes de que partan ustedes, voy a hacerles una visita.

FRAN. Cuando usted guste.

SOMO. ¿Se marchan al Norte?

FRAN. No; aquí, a la sierra; a Pinos de la Sierra, un pueblecito a las faldas del Guadarrama, donde hemos formado una espléndida colonia veraniega y donde lo pasamos estupendamente. Ya hace tres años que vamos allí. Un domingo tiene usted que ir a comer con nosotros, don Carlos; eso si no quiere dispensarnos el honor de estarse una temporadita.

CAR. Ya veremos, ya veremos.

FRAN. Nada, nada; es forzoso aceptar. A mí no se me desprecia la invitación. Y lo mismo le digo, Marqués.

SOMO. Muchas gracias; pero ya sabe usted que yo no salgo de mi concha.

FRAN. ¿Va usted a San Sebastián?

SOMO. No. Voy a Biarritz. Al decir mi concha, me refería a la propia. Por cierto que he de enterarme a cómo están los francos...

CAR. A treinta y tres. Acabo de saberlo en el Casino, hojeando "Le Matin". *(Lo pronuncia como está escrito.)*

SOMO. *(Corregiéndole.)* ¡Matán, don Carlos!

CAR. ¿Cómo?

SOMO. Perdone usted la petulancia, pero no puedo oír una palabra mal dicha; y, en francés, la i, seguida de ene, tiene un sonido entre a y e. ¡Matán!

CAR. *(Pronunciando exageradamente la palabra.)* ¡Pues en "Le Matán", Marqués!

SOMO. *(Inclinándose en una profunda reverencia.)* Agradecido. *(Por el foro derecha aparece Felipe Luis.)*

FELIPE. ¡Caballeros!...

FRAN. ¡Hola, hombre!

FELIPE. *(Sentándose, con muestras de cansancio.)* Sabía que estabais aquí. Me lo ha dicho Gonzalo.

FRAN. ¡Ah! Pero, ¿habéis visto a Gonzalo?

FELIPE. Nos lo hemos encontrado en la verbena, y bien

acompañado por las trazas. Trató de esquivar el saludo, metiéndose por entre la gente; pero a la voz de María Clara, no tuvo más remedio que acercarse y hemos tenido escena.

FRAN. ¡Vaya por Dios!

CAR. ¡Era de esperar!

FRAN. Pero, ¿cosa grave el disgusto?

FELIPE. No creo... Nube de verano, que pasará, seguramente.

FRAN. Seguramente. ¿Dónde se han quedado ellos?

FELIPE. En el salón, con las otras chicas. Por distraer a María Clara fuimos a dar una vuelta por el Prado y, la verdad, chico, vengo molido; lo que se dice hecho polvo.

FRAN. ¿Tanto habéis andado?

FELIPE. Lo de menos es andar; lo que agobia es el tropezarse con la gente, el bullicio... No sé, no sé. Luego hemos estado en tres o cuatro barracas, en la plataforma de la risa, y hasta nos hemos permitido comprar papeletas de una rifa, teniendo la satisfacción de que haya sido agraciada, por primera vez en su vida, tu hermana Filo.

FRAN. *(En tono de amistosa reconvención.)* ¡Felipe Luis!

FELIPE. Te advierto que lo ha confesado ella misma. No creas que es ironía. Le ha tocado una preciosa jaula para loro o cotorra, a propósito de lo cual yo la he dicho que ya tenía sitio para estar cuando la llevéis este verano a Pinos de la Sierra: dentro de la jaula; cosa que, no sé por qué, le ha sentado como un tiro.

FRAN. ¡Naturalmente!

FELIPE. *(Riéndose.)* Ya sabes lo que me gusta quemarle la sangre.

FRAN. ¡Siempre el mismo, Felipe Luis!

SOMO. Genio y figura...

FELIPE. No lo querrán ustedes creer, pero estoy aplanado.

FRAN. La falta de costumbre de moverte.

FELIPE. Puede que sea eso. Y a propósito de movimien-

to: chico, hay un camarero en la terraza, sirviendo siete cenas él solo al mismo tiempo, que a mí me tiene pasmado. ¡Qué hombre más grande! Se multiplica, se divide, se hace pedazos... La entrada, el postre, el asado, el puré, la lubina, el... ¡Verbo divino! ¡Qué tío! De verlo nada más, me dan calambres.

FRAN. *(Levantándose.)* Bueno; pues, anda, acompáñame.

FELIPE. ¿Qué dices, Paco? Pídeme lo que quieras, pero no me pidas que me levante ahora. Hasta algún dinero estoy dispuesto a darte, con tal de no moverme.

FRAN. ¡Vamos, gandul; que me acompañes te digo! Es preciso buscar a María Clara y a Gonzalo.

FELIPE. ¿No te he dicho que están en el salón? ¿Hace falta que yo haga el sacrificio de ir contigo?

FRAN. Quiero que celebremos aquí mismo una cena familiar para, a los postres, sellar la paz entre los novios. ¿Qué te parece?

FELIPE. ¡Magnífica idea!

FRAN. ¿Y a usted, don Carlos?

CAR. Como cosa pensada por usté.

FRAN. ¡Pues, vamos! *(A Felipe Luis.)* ¡Anda, tú!

FELIPE. *(Levantándose trabajosamente.)* Como te empeñes en una cosa...

FRAN. Venga usted también, don Carlos, si quiere. ¡Y usted, Marqués!

SOMO. Con mucho gusto.

CAR. ¡Vamos donde sea! *(Se levantan don Carlos y el Marqués. Don Francisco y Felipe Luis se dirigen hacia el foro izquierda, por donde desaparecen. Detrás marchan el Marqués y don Carlos.)* Ahora, que se me ocurre a mí, que mejor que cenar aquí, donde hay mucho tonteo, lo lógico era ir a comernos un cabrito asao a casa de Botín. ¿No le parece a usté, Marqués?

SOMO. ¡Botín, don Carlos!

CAR. ¿Cómo?

SOMO. ¡A casa de Botín!

CAR. ¡Mi madre! Pero, ¿en qué quedamos? ¿No acaba usté de decirme?... *(Desaparecen por el foro izquierda. Pausa. Dentro suena la música. Por el foro derecha llegan, discutiendo, María Clara y Gonzalo; ella delante y él detrás.)*

CLARA. ¡Déjame, Gonzalo! ¡Vete! *(Se sienta.)*

GONZ. ¡Pero, María Clara, sé razonable! ¡Escúchame!

CLARA. Escuchándote llevo media hora y, ya lo ves, no me convences.

GONZ. *(Suplicante.)* ¡María Clara!...

CLARA. No te canses en tonto. Es inútil todo cuanto me digas. Lo que he visto por mis propios ojos resulta ridículo que pretendas negarlo ahora. ¡Ten, por lo menos, el valor de tus actos!

GONZ. ¿Quieres que te lo jure?

CLARA. ¿Para qué, si no he de creer en tu juramento? ¡Déjame! ¡Vete con ella! ¡Con ella! Mentira parece que hayas podido tenerme engañada tanto tiempo.

GONZ. Pero, chiquilla, si no hay nada; si todo es una ofuscación tuya. ¿Cómo he de decírtelo? Entre esa mujer y yo no existe ni siquiera una amistad; menos aún la inteligencia que supones.

CLARA. ¿Y piensas que he de dejarme embaucar por tus argumentos? No, Gonzalo. Una vez caída la venda de mis ojos, que me impedía verte tal cual eres, no habrá ya fuerza humana que me aparte de mi firme propósito. Entre tú y yo, todo ha concluído para siempre. Tengo, además, pruebas palpables de la deslealtad de tu proceder.

GONZ. ¿Qué pruebas?

CLARA. Eso no te importa; las tengo yo y me basta.

GONZ. ¿Es decir, que me condenas sin oírme, sin atender a mis razonamientos?

CLARA. Pero, ¿qué razonamientos caben ante los hechos consumados?

GONZ. Piensa que las apariencias engañan.

CLARA. Ese es el recurso; decir que engañan las apariencias; pero cuando éstas son tan engaño-

sas que se confunden con la realidad, ¿qué más tiene que sean apariencias o no? Es suficiente con que una las crea. Y en este caso, aun conviniendo en tu argumentación, es más fuerte para mí la apariencia que la realidad, Gonzalo. Si yo he sentido el resquemor de los celos y el amargor de la traición, este dolor íntimo y callado de las dos heridas ya no lo cura ni una amañada exposición de los hechos, ni tu arrepentimiento tardío. Tal vez si no te hubiese querido tanto, si no hubiese tenido en ti tan ciega fe, estaría propicia a perdonar. Siendo lo que eras para mí, no podré perdonarte nunca. ¡Nunca, Gonzalo!

GONZ. ¿Eres rencorosa?

CLARA. Soy... leal a mis afectos.

GONZ. Y ¿ni el recuerdo de los días pasados en la felicidad de nuestro mutuo amor, te inclina a ser generosa, María Clara?

CLARA. Eso, menos; porque me figuro que me has engañado siempre, que todo ha sido mentira, burla cruel, y me sublevo ante la idea de haber podido pasar ante la gente por un juguete tuyo. Ya te lo he dicho, Gonzalo, no te canses más. ¡Déjame y vete! ¡Vete con ella! *(Señalando hacia la izquierda.)* ¡Ahí la tienes, esperándote, sin duda!

GONZ. Yo te pido, María Clara, que olvides y me perdones.

CLARA. Nunca.

GONZ. ¡No des lugar a que sea lo que no ha sido hasta ahora!

CLARA. ¿Me amenazas?

GONZ. Te ruego que me perdones solamente.

CLARA. No; me amenazas con irte con ella: ¡Eso es lo que has querido darme a entender! ¿Ves, Gonzalo? ¿Ves como tú mismo te vendes? ¿Y decías que no tenías ni siquiera amistad? *(Con repugnancia.)* ¡Vete, vete!

GONZ. ¡Por favor, María Clara!... No me pongas en

el disparadero. ¡Te lo suplico por la memoria de lo pasado!

CLARA. ¡Vete!

GONZ. ¡Por el recuerdo de lo que me has querido!

CLARA. ¡Vete!

GONZ. Aplaza tu decisión; espera a calmarte, a que tus nervios se serenen y vuelva a hacerse la luz en tu cerebro.

CLARA. ¡Vete, Gonzalo! ¡Esto se acabó!

GONZ. ¡Por última vez, María Clara!...

CLARA. ¡Vete!

GONZ. *(Suplicante.)* ¡María Clara!...

CLARA. *(Con desprecio.)* ¡Ah! *(Por el foro derecha aparece Dorita.)*

DORI. María Clara, tu padre te busca.

CLARA. *(Levantándose.)* Vamos. *(Y pasa por delante de Gonzalo sin mirarlo siquiera.)*

GONZ. *(Acercándose a ella en humilde actitud.)* ¡María Clara! *(María Clara lo envuelve en una mirada de profundo desdén y se dirige hacia el foro derecha, con Dorita.)*

DORI. *(En tono confidencial.)* ¿Qué ha pasado? *(María Clara le estrecha una mano como diciéndole que calle. Por la izquierda salen Charito La Hebrea y Lalo Pinares. Gonzalo, a quien ha humillado como un latigazo en el rostro la mirada despreciativa de María Clara, cuando ve a Charito, ve su venganza inmediata y se acerca a ella, decidido. María Clara y Dorita se detienen al fondo, procurando escuchar sin ser vistas.)*

GONZ. ¡Charito! ¡Estoy a su disposición! ¡Vámonos a la Cuesta!

CHARI. *(Sorprendida.)* Pero, esto, ¿qué es, Gonzalo?

GONZ. Que he reñido con mi novia. ¡Ya soy libre, ya soy como usted me quería! *(Lalo pone una cara de íntima satisfacción.)*

CHARI. ¿Qué?... No. Eso no puede ser. No sea usted loco. ¡Pídale perdón! ¡Márchese con ella, Gonzalo!

LALO. Pero tú ¿qué tienes que meterte en nada? ¡Dé-

jalo! Ya él sabrá lo que se hace. ¡A la Cuesta!

GONZ. ¡A la Cuesta! *(Sale por la izquierda.)*

CHARI. *(Indignada contra Lalo.)* ¡Esto no, Lalo! ¡Esto, no! ¡Esto, no!

LALO. *(Empujándola hacia la izquierda.)* ¡Vamos, chalupa! ¡Tira! *(Se van por la izquierda Charito y Lalo. Unos momentos antes ha salido El Marqués de Somovilla, y se ha sentado a la mesa del primer término derecha. María Clara, que ha escuchado, emocionada, la escena entre Gonzalo y Charito, rompe a llorar y cae de bruces sobre la mesita del fondo. Dorita la consuela. Dentro suena la orquesta.)*

SOMO. *(Mirando hacia la izquierda.)* ¡Camarero... otro whisky! *(Cae el telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En Pinos de la Sierra. Al foro, en el ángulo izquierdo, fachada principal del hotelito donde veranean don Francisco y su familia, con puerta practicable al centro y una pequeña escalinata para subir. A la izquierda, en primer término, aislada del hotel, fachada de la casita del jardinero. Por la escena, unos cuantos árboles, enanos y sin hojas, y varios cuadros de jardín con las plantas mustias y agostadas. Sillas y sillones de mimbre y alguna que otra mesita volante. Al fondo, paisaje de la Sierra de Guadarrama. Cercando la finca una verja de madera, de la que no se verá más que la parte correspondiente al foro, pues el jardín figura que continúa hacia la derecha. Entradas y salidas a derecha e izquierda y por las puertas del hotel y de la casa del jardinero. Se supone que del acto segundo al tercero ha transcurrido un mes.

Es de día, por la tarde, a finales de julio.

(Al levantarse el telón, aparece, cavando la tierra, en uno de los macizos del jardín, Retama, jardinero de la finca, un hombre joven, tosco y rudo. De pie, a su lado, contemplándolo con muda admiración, Felipe Luis, que viste

un traje claro de hilo, calza zapatos de lona y se toca con un amplio sombrero de palma.)

FELIPE. *(Después de unos segundos de contemplación.)* ¡Eres admirable, Retama, admirable! ¿No te cansas, hijo?

RETA. ¿Yo? ¿Pa qué?

FELIPE. ¡Pa qué! ¡Estoica contestación! Es todo un tratado de filosofía.

RETA. ¿Hay que cavar? Pos se cava, hasta ver si estas plantas, con la tierra removía, consiguen agarrarse a la tierra. Ese es el deber de uno, que pa eso le pagan.

FELIPE. Y yo no es que te censure—¡líbreme Dios!—pero, vamos, me maravilla que puedas llevar dos horas sin levantar cabeza, sin descansar ni para liarte un cigarrillo.

RETA. Ya descansará uno, a la noche, cuando se acueste.

FELIPE. ¡Eres estoico!

RETA. Soy de aquí, de la provincia de Segovia.

FELIPE. ¡Eres muy bruto!

RETA. Según se mire, don Felipe.

FELIPE. Aunque lo mires con los ojos entornados. ¡Muy bruto! ¿No te pesa el azadón?

RETA. ¡Vaya si me pesa! *(Ofreciéndole la herramienta.)* Pruébelo usté.

FELIPE. Me basta tu palabra.

RETA. Pesa lo suyo. Y el sol también pesa, pero, ¿qué remedio, don Felipe? ¡Esta es la vida!

FELIPE. ¡Que te crees tú eso! *(Por la puerta del hotel baja al jardín María Clara.)*

CLARA. ¡Tío Felipe!

FELIPE. ¡María Clara!

CLARA. Empieza a comunicar la Radio. Anda, si no quieres perderte la sesión.

FELIPE. Te advierto que estoy ya de la Radio algo más que mosca.

CLARA. Pues por ti se hizo la instalación, para que te distrajeras.

FELIPE. Conforme; pero llevo aquí un mes, durmiendo con los auriculares puestos, como quien dice,

y hasta la fecha no he conseguido oír más que las horas de las cinco partes del mundo. Y es un poco cargante, sobrinita. ¡Atención! Hora de Londres. ¡Las cuatro y cuarto! Yo miro mi reloj, que marca la una, lo pongo en las cuatro y cuarto, y, a los diez segundos, nuevo grito de alarma. ¡Atención! Hora de París. ¡Las tres y media! Vuelta a darle a la manecilla y vuelta a escuchar en el aparato. ¡Atención! Hora de Stambul. ¡Las doce menos veinte! Total, que en el mes escaso que llevamos en Pinos de la Sierra, en primer lugar, no sé en la hora que vivo, y luego he estropeado ya siete relojes. ¡No es negocio, sobrina, no es negocio! Y si no vas a ver. ¿Qué hora será, Retama?

RETA. Por el sol, que es la fija, don Felipe, las tres han dao hace mu poco.

FELIPE. ¿Hace muy poco? *(Sacando un reloj de un bolsillo del chaleco e invitando a su sobrina a que se le acerque, como ésta lo hace.)* Ven acá. Fíjate en mi reloj. ¡Las ocho y cinco! Hora de Leningrado. ¡No hay manera!

CLARA. *(Riéndose.)* ¡Eres definitivo, tío Felipe!

FELIPE. ¡Ah! Y cuenta con que voy que parezco el escaparate de Coppel. Aquí, en la muñeca derecha, un reloj con la hora de París; en la izquierda, otro con la hora de Londres; en este bolsillo del chaleco, uno con la de Stambul, y en éste, otro con la de Leningrado. Pues, consultando los cuatro y haciendo un cómputo, para lo cual hay que estudiar previamente la tabla de logaritmos, vengo a saber la hora que es, con una diferencia que oscila, aproximadamente, entre los sesenta y cinco y los noventa minutos. ¿Qué te parece?

CLARA. ¡Que no hay quien te mejore!

FELIPE. En fin, vamos allá, a ver si es posible que yo pesque siquiera una onda que no sea cronométrica. *(Encaminándose hacia el hotel.)* Hasta ahora, sobrina. *(Volviéndose desde el pri-*

mer peldaño de la escalinata.) ¿Sigue tu futuro suegro de sobremesa con los autores de tus días?

CLARA. ¡Querrás decir el padre de Gonzalo!

FELIPE. ¡Tu futuro suegro!

CLARA. No: el padre de Gonzalo. Gonzalo ya no es mi novio ni volverá a serlo...

FELIPE. ¡Vamos, criatura!...

CLARA. ¡Ni volverá a serlo, tío Felipe! Tendría yo muy poca dignidad si lo admitiera de nuevo. Además, que él tampoco se acuerda de mí. ¡Tú lo sabes!

FELIPE. Pues don Carlos bien que sigue cultivando la casa y la amistad de tus padres.

CLARA. Porque don Carlos es el primero en lamentar la conducta seguida por su hijo, como lo prueba el hecho de haberse separado de él, yéndose a vivir solo; y si papá lo invitó, antes de la ruptura, a pasar un día con nosotros en el campo, reiterándole después la invitación, porque no se creyera que era interesada, el hombre, aunque no haya sido más que por cortesía, se ha considerado obligado a venir. Esto es todo y, como comprenderás, nada tiene que ver con lo que tú supones.

FELIPE. Lo que quieras, sobrinita. ¡Odio las discusiones bizantinas! Pero, acuérdate de lo que te digo: ¡tú te casarás con Gonzalo!

CLARA. ¿Yo? ¡Qué equivocado estás, tío Felipe!

FELIPE. ¡Al tiempo! No sé si a la hora de París o a la de Burgos, pero que te casarás con él... ¡Eso está escrito!

CLARA. Bueno!

FELIPE. [illegible] tiempo, María Clara, al tiempo! *(Vase por la puerta del hotel.)*

CLARA. *(Suspirando.)* (¡Ay, tío Felipe, si Dios te oyera!...) *(Se sienta y queda unos instantes pensativa. Dentro, hacia la derecha, suena una bocina de automóvil. Retama levanta la cabeza y, poniéndose la mano sobre los ojos, a guisa de pantalla, observa.)*

RETA. Visita nos viene, señorita. Un auto se acaba de parar a la puerta de la casa y de él se bajan dos señoras. *(María Clara se levanta, mira hacia la derecha y, al reconocer en las que llegan a Tita Filo y a Dorita, sale corriendo a recibirlas.)*

CLARA. ¡Dorita! ¡Tita Filo! *(Desaparece de la escena y a poco entran, por la derecha, las tres.)* ¡Qué alegría! Os juro que ya no os esperaba.

DORI. ¡Calla, mujer! ¿Tú sabes?... Queriendo venir todos los días y siempre surgía alguna cosa que nos hacía desistir del viaje. ¿Cómo estás? Te encuentro más repuesta, de mejor color...

CLARA. Eso dicen. No será por lo que yo me cuide.

FILO. Pero, ¿todavía dura "aquello"?

CLARA. ¡Y lo que durará, tita Filo!

FILO. ¡Eres de casta de amadoras! Otra Eloísa, otra Isabel, otra Julieta... En eso has salido a tu tía. ¡Te reconozco! *(Fijándose en Retama.)* Y a todo esto, buenas tardes, joven trabajador, que no había reparado.

DORI. Es verdad. Buenas tardes.

RETA. Buenas tardes, señoritas.

FILO. ¿Y tus padres, María Clara?

CLARA. Por allá dentro. Vé, si quieres.

FILO. ¿Tú te quedas, Dorita?

CLARA. Sí; déjala conmigo, que tenemos mucho que hablar.

DORI. Ahora iré, tita Filo.

FILO. Como gustéis. *(Vase por la puerta del hotel.)*

CLARA. ¿Tú no tienes nada que hacer, Retama?

RETA. Si les estorbo aquí a las señoritas, me puedo llegar a la casilla de los peones camineros, que he de darle un recao a Felipe.

CLARA. Pues, llégate.

RETA. Ya mismo. Con licencia. *(Vase por la izquierda.)*

CLARA. *(Sentándose e invitando a Dorita a que se siente.)* Ven aquí, Dorita; siéntate a mi lado y cuéntame todo lo que sepas de Madrid.

DORI. ¿De Madrid, o de Gonzalo?

CLARA. ¡Mujer, en Madrid entra todo! Estoy ansiosa de noticias. ¡Un mes en Pinos, sin ver a nadie!... Cuenta. Lo primero, dime cómo está tu madre.

DORI. Mejor.

CLARA. Más vale así.

DORI. Pero imposibilitada de moverse. Por eso no hemos salido este año de veraneo.

CLARA. Y en Madrid, ¿qué tal lo pasas?

DORI. Pues, bien. Tiene para mí el atractivo de la novedad... Y no creas; se divierte una, en proporción, más que en una playa cualquiera, no siendo San Sebastián. Por las noches, vamos al Retiro o a Rosales o a las charlotadas, cuando las hay, y por las tardes, pues, nos sentamos a la puerta de Molinero, tita Filo y yo, a ver la gente o nos vamos a la Castellana, dando un paseo. ¡Distracciones no faltan!

CLARA. Eso es bueno. Las de Lasarte, ¿se marcharon a Deva?

DORI. Como siempre. Y detrás de Africa, Quico Bermúdez, que se ha emburrado de una forma, chica...

CLARA. ¡Ah! ¿Sí?

DORI. No tienes idea de una manera igual de hacer el ganso.

CLARA. ¡Mira Quico también!

DORI. Paca Nuño, con su lengua de hacha, que el día que se la muerda se envenena, le ha puesto un mote; le llama Abd-el-Krim.

CLARA. ¡Es gracioso! ¿Y Popo?

DORI. Popo empezó a hacerle la rosca a Fifí, pero, en cuanto supo que se largaba fuera, aplazó la conquista hasta el invierno. ¡Ese es más práctico! Yo creí que estas noticias las sabías por Tono. Esta mañana ha almorzado en casa.

CLARA. ¿Quién? ¿Tono?

DORI. Sí.

CLARA. Ya nos lo dijo. Ha ido a Madrid para jugar el partido extraordinario de esta tarde.

DORI. Que, por cierto, no tenía muchas esperanzas de ganarlo.

CLARA. ¡Llevan una racha!... *(Pequeña pausa.)*

DORI. Bueno, mujer, ya veo que eres discreta y que me preguntas por todo lo que no te interesa, callándote lo único que, verdaderamente, te preocupa.

CLARA. No lo creas. Las referencias que puedas darme de Gonzalo, ya las sé por su padre, que llegó aquí esta mañana a pasar el día con nosotros.

DORI. ¿Es posible? ¿Ha venido don Carlos?

CLARA. Aceptando la invitación que mi padre le hizo.

DORI. Sabrás, entonces, que Gonzalo ya no vive con él.

CLARA. Me lo ha dicho.

DORI. Que está hecho un completo golfo, con esa sinvergüenza de la Hebrea, a la que luce en todas partes como si fuera un Pomerania.

CLARA. Eso no lo sabía, pero me lo imaginaba.

DORI. Pues, sí, chica; créete que no has perdido nada con haber terminado las relaciones. ¡Es un frescales! Cada vez que pienso que estos malos ratos que tú estás pasando ahora, los estaría pasando yo, si es a mí a la que se declara, como todos creíamos, no sabes las gracias que le doy a Dios.

CLARA. Me lo figuro.

DORI. Por supuesto, que para mí, quien lo ha metido en este barullo es el cínico de Lalo.

CLARA. Y puede que no te equivoques.

DORI. Lo llevan adonde van. No se les ve en un sitio, que no estén los tres juntos. Por cierto, que Paca Nuño también los ha bautizado como a Quico Bermúdez. Les llama Charlot, Llapisera y su Botones. *(Se ríe.)*

CLARA. Tiene menos gracia que lo otro.

DORI. ¡No digas, mujer; si es saladísimo! Lo que pasa, es que a ti te desagrada porque se meten con Gonzalo.

CLARA. ¡Tal vez!

DORI. Porque tú, a pesar de todo, lo quieres. Eso no se puede remediar.

CLARA. Tienes razón, Dorita. ¡No se puede remediar! Y yo te juro que desearía no acordarme más de él, borrarlo de aquí, hacerme la cuenta de que no existe; ¡pero es más fuerte que mi voluntad este cariño mío! Aún en el Ritz, aquella noche, después de oír la insistencia con que esa mujer le aconsejaba que volviera conmigo, tuve una esperanza que, después, la conducta de Gonzalo, me ha hecho perder completamente.

DORI. ¡Vaya por Dios! ¡Cuánto lo siento!

CLARA. ¿Cómo ha de ser? ¡Paciencia!

DORI. A Lalo le cerrasteis la puerta de vuestra casa, ¿no?

CLARA. Para siempre. Con la protesta de Tono, pero se impuso la autoridad de mi padre. Ese es el culpable, como decías tú muy bien. ¡Charrán! ¡Granuja! Todo por celos, por despecho... Como si una mujer no fuese libre de elegir... ¡Hasta en eso se ve adónde llega la tiranía de los hombres! ¡Cuánta bajeza y cuánta indignidad! *(Por la derecha aparece Carmela, una casadita joven y bien parecida.)*

CARME. ¿Hay permiso, vecina?

CLARA. ¡Adelante, Carmela!

DORI. ¿Quién es?

CLARA. La vecina del hotel de al lado. *(Levantándose para recibirla.)* Pase usted.

CARME. ¡Quietecita! Nada de moverse.

CLARA. ¡No faltaba más! *(Se besan.)* La señora de... *(Haciendo la presentación a Dorita.)*

CARME. Gainchurizqueta.

CLARA. Eso; Gainchurizqueta. Nunca me acuerdo del apellido de su marido de usted.

CARME. Es un poco raro.

CLARA. Mi prima Dorita...

CARME. Mucho gusto.

DORI. El gusto es mío.

CLARA. Siéntese usted, Carmela.

CARME. Sentiría haber venido a interrumpir...
CLARA. Nada de eso.
CARME. Pero es el caso que Federico—mi marido—se marcha esta tarde a Madrid para volver mañana, y, por si ustedes querían que les trajese alguna cosa...
CLARA. No sé mamá... Pero, seguramente. Ya sabe usted que aquí, en el campo...
CARME. Por eso. *(Por la puerta del hotel, sale Felipe Luis.)*
FELIPE. ¡Nada! Tiempo perdido. Tres anuncios indecentes y la hora de Belgrado. ¡Hay para renegar de Marconi! *(Saludando a Carmela.)* ¡Simpática vecina!...
CARME. ¡Señor Hermoso!...
FELIPE. ¡Siempre tan guapa, ahora que no está presente su marido!
CARME. ¡Por Dios, don Felipe!
FELIPE. Todavía, si fuese usted la que comunicase por la Radio, me explicaría lo que ocurre y hasta lo encontraría justificado.
CARME. ¿Yo? ¡Qué disparate! ¿Por qué?
FELIPE. Porque, hija de mi alma, basta con mirarla un ratito para ver que es usted una mujer que da la hora.
CARME. ¡Vamos, señor Hermoso!...
FELIPE. ¡Con usted, hasta el Polo!
CLARA. Oye, tío Felipe. ¿Y mamá?
FELIPE. Ahí viene con tu padre, don Carlos y tu tía. ¡Dios te guarde, Dorita!
DORI. ¡Vaya! Creí que no me iba usted a saludar.
FELIPE. ¡No, hija! El santo odio que le profeso a tu carabina honoraria se circunscribe a ella; no alcanza a su generación. *(Por la puerta del hotel bajan al jardín doña Cristina, don Carlos, don Francisco y Tita Filo. Don Carlos y Tita Filo dan muestras de calor y figuran ahuyentarse las moscas con los pañuelos.)*
CRIS. *(A don Carlos.)* Venga usted aquí, hombre criticón, venga usted al jardín a ver si no es una delicia el fresco que se respira.

CAR. Señora, llamar jardín a este plato de aceitunas con palillos de dientes es el colmo del buen humor. ¿Dónde hay una hoja ni una mata?

CRIS. Bueno, bueno; con usted no se puede.

CAR. Porque digo siempre la verdad.

CRIS. *(Saludando a Carmela y a Dorita.)* ¡Querida Carmela!...

CARME. ¡Doña Cristina!...

CRIS. ¡Hola, Dorita!

DORI. ¡Hola, tía! *(Se besan.)*

CRIS. *(Presentando.)* Mi cuñada. Don Carlos Ruiz. Señora de Gainchurizqueta...

CAR. Pa servir a usté. *(Saludos, etc. etc. Don Francisco también saluda a Carmela. Se sientan todos.)*

CRIS. Aquí tiene usted, Carmelita, a este amigo nuestro que, desde que llegó esta mañana, no hace más que sacarle faltas a la colonia.

FILO. ¡Claro! Como es perfumista... *(Felipe Luis le abuchea el chiste, y ella lo mira airadamente.)* ¡Patoso!

CAR. Perdone usté, doña Cristina; yo no saco faltas a nada. Lo que hago es decir las cosas como las siento.

FELIPE. Con la ruda franqueza del marino mercante.

CAR. Con la franqueza del marino, si usté quiere, don Felipe. Pero, vamos, tanto ponderar los encantos de Pinos de la Sierra pa llegar aquí y encontrarse con esto... ¡La verdad!

CARME. ¿Es que no le gusta?

CRIS. Ya le oye usted.

CAR. En primer lugar, hablaban ustedes del fresco... ¡Dios lo dé! Esto es una sartén, donde se fríen hasta los pájaros.

CRIS. Porque ha tenido usted la desgracia de llegar en el único día que ha hecho calor; pero que diga la nena, que diga Paco, que diga Carmelita... ¡Con mantas hemos estado durmiendo!

CAR. Bueno, mire usté, doña Cristina: ese truco de las mantas ya está un poco pasao. Es pere-

grino que no se venga una sola vez a la sierra que, echando uno un chorro de sudor por cada pelo, no le oiga a todos la misma cantinela: "¡Con mantas hemos estao durmiendo!..." ¡Rediez! Habrá sido pa curar un catarro.

CRIS. *(A Carmela.)* No hay quien le convenza.

CAR. Es el defecto de los veraneantes del Guadarrama: la exageración. Como lo de llamar a esto Pinos; así, pomposamente: ¡Pinos! En cuanto puse pie en tierra esta mañana y vi el páramo que me rodeaba, mi primera pregunta fué: ¿dónde están los pinos?

FRAN. ¿Y no hemos ido, don Carlos?

CAR. Sí que hemos ido, don Francisco; pero... ¡más vale callar!

FRAN. No, no; hable usted, diga usted...

CAR. Cuatro kilómetros cuesta arriba, por carretera, con un sol de justicia, a las doce del día, pa llegar a lo alto de una lomita y encontrar... ¡un pino! ¡Un solo pino! Eso, sí; frondoso; pero... ¡uno solo! ¿Cabe mayor estafa, don Francisco?

CRIS. ¿Cuál, don Carlos?

CAR. La del plural, señora. ¿Pinos de la Sierra? ¡Nada de Pinos! *(Alargando mucho la ese final.)* En todo caso, Pino de la Sierra; en singular. Por supuesto, que yo, antes de irme esta tarde, me llevo la ese de la estación pa que no se dejen engañar más incautos. ¡La verdad por encima de todo!

FILO. ¡Es terrible este hombre!

CAR. Pues ¿y las moscas?

CRIS. Las moscas las hay en todas partes, don Carlos; y en el campo, más.

CAR. Pero ¿en la proporción de aquí, doña Cristina? ¡En ningún sitio!

CRIS. Bueno; pues diga usted lo que quiera, yo las prefiero a las pulgas de San Sebastián.

CAR. Eso es aparte.

CRIS. Como prefiero veranear en la Sierra a irme a

una playa; porque en la Sierra tiene usted de todo lo que pueda necesitar, y además, en un caso de apuro, se está a dos pasos de Madrid.

CAR. ¡Ahí ya no discuto! ¿Ve usté? ¡Ah! ya no me meto! ¡Cuestión de gustos! Usté, "Flores del campo", y yo, "Aromas de la tierruca".

FILO. ¡Ya salió! Es particular que este don Carlos encuentre siempre a mano el nombre de un producto de la perfumería con el que designar las cosas. A lo mejor, ¡quién sabe si para nombrarme a mí también tendrá algún elegido! Todo es posible. ¿No?

FELIPE. ¡Claro que sí, mujer!

FILO. ¡Ah! ¿Sí? Y ¿cuál es, cuál es? ¿Cómo me llama?

FELIPE. "¡Colonia añeja!" *(Grandes risas por parte de todos y santa indignación por parte de Tita Filo.)*

FILO. ¡Vamos!... ¡Eres un salvaje, Felipe Luis! Ni siquiera reparas en que hay visita. Y esto se va a acabar, porque yo me paso de paciente, pero las cosas llegan a un límite.

CRIS. ¡Muy bien dicho, Filo!

FILO. Sí, hija; y que no dé lugar a que yo le saque a él sus defectos, que también los tiene y muy gordos. ¡Para que lo sepas!

FRAN. ¡A ver, a ver!...

CRIS. ¡Que se expliquen esas palabras!

FELIPE. ¡Habla, di! ¿Qué defectos tengo yo?

FILO. El primero, el de no haber hecho nada en tu vida.

FELIPE. Y ¿eso es un defecto? ¡Menuda ventaja! Como no saques otro...

FILO. ¡Pues otro! ¡La presunción!

FELIPE. ¿Yo presumido?

FILO. ¡Más que una mona, sí, señor! Basta ver cómo te firmabas antes y cómo te firmas ahora para comprenderlo.

FELIPE. Si no me desmenuzas el problema...

FILO. ¡Desmenuzado! Antes firmabas con tu nombre completo: Felipe Luis Hermoso, y ahora

el Luis lo has sustituído por la inicial, para que todo el que lea tu firma no tenga más remedio que llamarte Felipe L. Hermoso, que no me negarás que es el colmo de la presunción y de la pedantería. *(La actriz pronunciará la ele muy ligada, de forma que la frase resulte Felipe el Hermoso. Los presentes se ríen y abuchean a Felipe Luis, sin dejarle defenderse.)*

FELIPE. ¡Vamos, Filomena! ¡Mira con lo que sale!

FRAN. ¡Te ha chafado!

CRIS. ¡Te ha hecho polvo, Felipe Luis!

CLARA. ¿Qué dices a eso, tío Felipe?

DORI. ¡Muy bien, tita Filo!

CAR. ¡Ha estao colosal!

CARME. ¡Magnífica!

FILO. ¿Qué se figuraba este don Pavo? ¡Una hormiga es y se defiende!

FELIPE. Pero, bueno, bueno... ¡Un poco de calma, señores, un poco de calma! *(Arrecian las protestas. Corta la discusión la presencia de Federico, marido de Carmela, que surge por la derecha.)*

FEDE. ¿Se puede pasar?

FRAN. ¡Adelante, Federico!

FEDE. Buenas tardes a todos.

TODOS. Buenas tardes.

FRAN. ¿Ya de partida?

FEDE. Es la hora, don Francisco. Faltan veinte minutos para que pase el tren.

CAR. ¡Caray! ¿Veinte minutos? ¿Dónde está mi sombrero?

FRAN. ¡Tranquilidad, don Carlos! Sobra tiempo para todo.

FEDE. Ya les habrá dicho Carmela que si necesitan algo de Madrid...

CRIS. ¿Usted vuelve mañana?

FEDE. Mañana, por la tarde, me tienen aquí otra vez.

CRIS. Pues, sí, señor; que me va usted a hacer unos pequeños encargos...

FEDE. Los que usted quiera, señora. ¡No faltaba más!

CRIS. ¡Apunta, Paco, en un papel! *(Don Francisco*

saca un papel y un lápiz, y se dispone a escribir.) Tres ovillos de seda torzal, color guinda.

FRAN. *(Después de escribir.)* Guinda.

CRIS. Un paquete de horquillas.

FRAN. ... quillas.

CRIS. Otro paquete de almidón del Gato y otro... ¿Qué dije yo ayer que hacía falta, María Clara?

CLARA. No sé, mamá.

CRIS. *(Haciendo memoria.)* ¿Café, azúcar, chocolate?... ¡Ah, sí! Apunta. Sal molida y una caja de Lithinés. ¡Exacto!

CLARA. Pon los broches.

CRIS. Los broches. ¡Tienes razón! Ya se me iba a olvidar. *(A Federico.)* Esto en cualquier mercería, ¿sabe usted, Federico?... Broches corrientes.

FEDE. Usted apunte lo que sea.

CRIS. *(A su marido.)* Broches; sencillamente: broches. Corchetes. *(A María Clara.)* ¡A ver si las chicas necesitan algo! Ya que Federico es tan amable...

FEDE. ¡Por Dios, señora!

CARME. ¡El, encantado!

CRIS. *(Llamando a la criada desde el pie de la escalera.)* ¡Mercedes!

CARME. *(A Federico.)* ¿Has ido al hotel de las de Vances?

FEDE. Sí, mujer; de allí vengo. ¡Floja lista me han dado! *(Entregándole un pliego de papel.)* Repasa.

CARME. ¡A ver! *(Leyendo.)* Huevos, pollos, bacalao de Escocia, sardinas en lata, una pieza del quinientos y otra del trescientos, un jersey, un biberón, merluza, judías blancas... *(Don Carlos no sale de su asombro. Por la puerta del hotel baja al jardín Mercedes.)*

MER. *(A doña Cristina.)* ¿Llamaba usté, señora?

CRIS. ¡A ver qué necesitáis vosotras, que don Federico se va a Madrid y vuelve mañana!

MER. Pues pimientos y tomates, señora, que ya sabe

la falta que están haciendo, y media docena de estropajos, que también son precisos.

CAR. Pero ¿cómo es posible? ¡Si aquí hay de todo, doña Cristina!

CRIS. *(Por Mercedes.)* ¡Esta pazguata!... *(A Mercedes.)* ¡Anda, anda y tráele a don Carlos su sombrero! *(Mercedes se va por la puerta del hotel.)* De algunas cosas, amigo Ruiz, se carece; que el campo, a fin de cuentas, no es la ciudad; pero, por lo general, hay de todo.

CAR. Ya lo veo, ya. ¡Y piden ustedes hasta los pimientos! ¡Santo Dios, que a tanto llegue la pasión en algunas personas!... *(Por la puerta del hotel baja al jardín Mercedes con el sombrero de don Carlos.)*

MER. Su sombrero, señor.

CAR. Gracias, chica. *(Despidiéndose de María Clara.)* María Clara, hasta otra, y a ver si para entonces son mejores las noticias que te traigo.

CLARA. ¡Quiéralo Dios, don Carlos!

CAR. ¡Quiéralo Dios! *(Se despide de los demás.)*

FRAN. Cristina y yo les acompañamos a ustedes hasta la estación.

CAR. Pero ¿para qué van a tomarse esa molestia? ¡De ninguna manera! No lo consiento.

FRAN. Es un placer, don Carlos.

DORI. Como si quieres que vayamos a la estación.

FEDE. Adiós a todos, ¿eh?

CAR. ¡Adiós a todos!

FEDE. Buenas tardes.

MER. Buenas tardes.

FELIPE. ¡Adiós, amigos!

CLARA. Iremos con ellos hasta la puerta del jardín.

FILO. Lo que tú digas.

DORI. Como si quieres que vayamos a la estación.

CLARA. No; hace mucho sol todavía. Si fuera más tarde, sí. *(Salen todos por la derecha, animadamente, menos Mercedes y Felipe Luis, que se quedan en escena.)*

MER. ¿Qué hora es, don Felipe Luis?

FELIPE. ¿Cómo?

MER. Que qué hora es.

FELIPE. Si ya te he oído, pero no te creas que es tan fácil averiguarlo. ¿Tienes un papel?

MER. Yo, no, señor.

FRAN. Pues sin hacer el cómputo es inútil. Mira por el sol, que es la fija... *(Mira al cielo, y como no logra saber la hora, lo confiesa.)* ¡Que te lo diga Retama! *(Vase por la puerta de la casa del jardinero. Por la derecha vuelven María Clara, Dorita y Tita Filo. Dentro, hacia la izquierda, suena el estallido de un neumático. Mercedes se marcha por la izquierda.)*

CLARA. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿No habéis oído?

DORI. Será un neumático.

FILO. Seguramente. *(Dentro, hacia la izquierda, se oyen voces confusas, que, poco a poco, se van acentuando.)*

CLARA. ¿Vosotras os quedaréis aquí a comer?

FILO. Lo que diga Dorita. Yo no quisiera, que luego me da miedo irme de noche.

CLARA. ¡Vamos, tita Filo! *(Prestando atención.)* ¡A ver!... Callad un momento. Algo ha debido ocurrir en la carretera. Se oyen voces, murmullos...

DORI. Tienes razón. Voy a enterarme. *(Vase Dorita por la izquierda, al mismo tiempo que vuelve Mercedes, despavorida.)*

MER. ¡Ay, señorita de mi alma!

CLARA. ¿Qué ha pasado, Mercedes?

MER. Una moto que ha volcao aquí mismo, al tomar la curva.

CLARA. ¡Vaya por Dios!

FILO. *(Tapándose los ojos.)* ¡Qué espanto!

MER. Retama y Felipe, el peón caminero, que han sido los primeros en acudir a socorrer a los heridos, me han dicho que les pregunte a ustedes si los pueden pasar aquí, a la casa.

CLARA. ¿Cómo no? ¡Ya lo creo!

FILO. Pero ¿es que hay heridos?

CLARA. ¡Que los traigan en seguida, mujer! ¡No faltaba más!

MER. Voy a decirlo, señorita. *(Vase por la izquierda.)*

FILO. ¡Señor, si lo verdaderamente milagroso es que no sucedan al día ochenta desgracias como ésta; si hay que ver cómo van por ese camino, que parecen locos!... ¡Jesús, Jesús, Jesús, y mil veces Jesús! *(Por la izquierda vuelve Dorita.)*

CLARA. ¿Te has enterado, Dorita?

DORI. De enterarme vengo. ¿Tú sabes quiénes son los de la moto? Gonzalo, Lalo y Charito la Hebrea.

CLARA. *(Con emoción.)* ¿Qué?

FILO. ¡Cristo bendito!

DORI. ¡De ninguna manera deben entrar aquí!

FILO. Naturalmente. ¿Cómo va a entrar aquí esa gentuza, y menos en ausencia de tus padres? ¡Jamás! Me alegro de lo que les ha pasado. ¡Ahí lo tienen! ¡Castigo de Dios!

CLARA. ¡Calla, tita Filo!

FILO. ¿Qué dices?

CLARA. Digo que yo no tengo por qué saber de quién se trata; pero que, aun sabiéndolo, mis sentimientos me obligan, en este caso, a prescindir del daño que me hayan podido hacer y a darles la hospitalidad que reclaman. Para mí no son más que unos heridos que necesitan auxilio. Y mi deber es prestárselo. Si estuvieran aquí mis padres, pensarían igual que yo. ¡Estad seguras! Y para probaros que es así, yo misma voy por ellos. *(Vase por la izquierda.)*

DORI. ¿Qué te parece?

FILO. Hay que dejarla. ¡Es otra doña Juana de Arco!

DORI. ¿El qué?

FILO. Doña Juana de Arco, ¿no fué la loca?

DORI. No, tía.

FILO. ¡Entonces me he colado! *(Por la izquierda sale María Clara y se encamina rápidamente al hotel.)*

CLARA. *(Con la voz velada por la emoción, pero con-*

servando su entereza.) Aquí vienen. ¡Andad vosotras; no os quedéis ahí paradas! Hay que preparar tila, gasas, éter... ¡A Gonzalo lo traen desvanecido! ¡Pobre Gonzalo! *(Vase por la puerta del hotel.)*

DORI. ¿Qué hacemos, tía?

FILO. Ir adonde sea. ¡Tendría que ver! ¡A mí no me gana tu prima a sentimientos generosos! ¡Pronto! ¡Las gasas! ¡Los heridos! *(Dorita y Tila Filo se marchan por la puerta del hotel. Por la izquierda entran Retama y un Peón Caminero, trayendo desvanecido a Gonzalo, al cual conducen al hotel. Con ellos, muy apurada, viene Mercedes, y detrás, Lalo y Charito la Hebrea, ésta con un guardapolvo y una gorrita de viaje, y aquél, con la mano derecha liada en su propio pañuelo. Charito da muestras de estar muy excitada.)*

MER. ¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande! ¡Pobre señorito Gonzalo!

RETA. No te apures, chica, que no tié na; el susto y el porrazo.

PEON. Suerte suya caer donde ha caío, que diez metros más allá, no lo cuenta.

MER. ¡Pobre señorito Gonzalo! *(Entran por la puerta del hotel Retama y un Peón Caminero, con Gonzalo y, después, Mercedes.)*

LALO. ¡Mira qué es patarra! ¡Habernos venido a meter en la boca del lobo!...

CHARI. ¿Y quién te dice que no lo ha dispuesto Dios?

LALO. ¿Es que tú crees que Dios se mete en estas cosas? *(Por la puerta de la casa del jardinero sale Felipe Luis, el cual se sorprende al encontrarse con Lalo y Charito.)*

FELIPE. ¡Lalo! ¿Tú aquí?

LALO. ¡Yo aquí, don Felipe! Por lo visto, usted no está enterao. Acabamos de volcar en la carretera, y Gonzalo ha dao un gachapazo que no ha habido más remedio que traerlo poco menos que en una espuerta.

FELIPE. *(Alarmado.)* ¿Qué dices? *(Por la puerta del*

hotel sale María Clara. Charito se ha sentado y, apoyando el brazo sobre una de las mesitas, permanece con la cabeza baja y la vista en el suelo.)

CLARA. ¿Has visto qué desgracia, tío Felipe?

FELIPE. Eso me está diciendo Lalo. ¿Cómo no me habéis llamado?

CLARA. ¡Qué sé yo! Gonzalo ya ha vuelto en sí.

FELIPE. ¡Ah! ¿Ya ha vuelto?

CHARI. ¿Ha vuelto?

CLARA. *(Clavando sus ojos en Charito.)* Sí. *(Charito baja de nuevo la vista al suelo.)*

CHARI. ¡Menos mal!

CLARA. Hay que avisar a papá y a don Carlos de lo que ocurre. *(Por la puerta del hotel bajan al jardín Retama y un Peón Caminero.)* Tú, Retama: anda, llégate en un vuelo a la estación y diles a mis padres y al señor que va con ellos lo que ha pasado. Y, de camino, acércate a la casa del médico, y si está allí y logras que se venga contigo, mejor. ¡Corre!

RETA. ¡Al momento, señorita! *(Vase por la derecha.)*

LALO.. *(Al Peón Caminero.)* Y usted, buen hombre, a ver si encuentra mi sombrero.

CHARI. Y mi bolso.

PEON. Descuiden los señoritos, que to parecerá. La moto supongo que no querrán ustés que la entre, porque se ha quedao que es talmente un churro.

FELIPE. ¡No, hombre! ¡Qué van a querer! Anda a lo que te han dicho.

PEON. Con licencia. *(Vase por la izquierda.)*

FELIPE. Voy a ver a Gonzalo. *(Vase por la puerta del hotel.)*

CLARA. Tú, Lalo: si quieres lavarte, cepillarte..., ¡con toda confianza!

LALO. Gracias, María Clara.

CLARA. *(A Charito.)* Y lo mismo le digo a usted, señora.

CHARI. *(Sin levantar la cabeza.)* Muchas gracias.

CLARA. Ya he mandado que le hagan una taza de tila

con azahar. Está usted muy nerviosa. Y me lo explico.

CHARI. Pero, ¡por Dios!... ¿Por qué se ha molestado? Es usted muy bondadosa.

CLARA. Procuro serlo. *(Viendo aparecer por la puerta del hotel a Mercedes con una humeante taza de tila, la cual deja sobre la mesita cercana a Charito. No creo necesario advertir que la taza irá sobre una bandeja, acompañada por una cucharilla, un azucarero y una servilleta.)* Ya está aquí la tila. *(A Mercedes, después de recogerle el servicio.)* Puedes retirarte. *(Disponiéndose a servirle la tila a Charito.)* ¿Muy dulce la prefiere?

CHARI. *(Avergonzada.)* Esto es demasiado... Yo no merezco...

CLARA. *(Después de haberle echado dos cucharadas de azúcar.)* ¿Así?

CHARI. Bien está.

CLARA. *(Después de haber movido el azúcar con la cucharilla, ofreciéndole la taza con su mano.)* Ande, tómesela ahora, antes de que se enfríe; sorbito a sorbito... Le hará bien.

CHARI. Me aturde usted; me tiene confundida...

CLARA. Ande, ande... *(Charito se toma la tila.)*

LALO. (¡Es única esta mujer!)

CHARI. ¡Cuánto me debe usted odiar!

CLARA. ¿Yo?

CHARI. Y, sin embargo, lleva usted su bondad hasta un extremo insospechado. Es usted muy generosa.

CLARA. ¿Por qué? El más elemental deber de cortesía me lleva a atender a unos viajeros que sufrieron un accidente en su camino. Si estos viajeros, además, son antiguos conocidos, ¿por qué ha de extrañar a nadie que la cortesía se cambie en solicitud? Nada más natural.

LALO. (¡Es más grande que Ochoa!)

CLARA. A mi casa han llegado ustedes pidiendo hospitalidad, y yo se la he dado, tan amplia como me correspondía; que el honrar a nuestros hués-

pedes es honrarnos a nosotros mismos. Así, pues, no pase usted cuidado, señora, ni le confunda mi generosidad, que en la vida cada cual procede como quien es y le corresponde.

LALO. (¡Chúpate ésa!)

CHARI. Pero usted cree o, por lo menos, piensa que yo fui quien le robó el cariño de Gonzalo, y, no obstante, su conducta conmigo, en esta ocasión...

CLARA. Ya le he dicho que cada cual obra como quien es.

CHARI. Conforme; pero yo necesito decirle a usted también—aunque usted lo dude—que para nada he influído en la decisión de Gonzalo.

CLARA. Eso no me importa; pasó para no volver más.

CHARI. No es usted sincera, María Clara. Y perdone usted que la llame por su nombre. Usted quiere a Gonzalo, como Gonzalo la quiere a usted. Un punto de amor propio les mantiene alejados, pero parece como si Dios hubiera dispuesto lo de hoy para devolvérselo a usted.

CLARA. ¿Y es usted quien me lo dice?

CHARI. Eso le probará que no le miento. Gonzalo es bueno, noble, formal, incapaz de aventuras ni de enredos... ¡Un hombre cabal donde se pongan los hombres cabales!

CLARA. Así era.

CHARI. ¡Y así es! Se lo puedo jurar por la memoria de mis padres. Y si ni un solo instante ha dejado de pensar en usted ni de quererla, usted—tan generosa con todos—debe serlo también con él y perdonarlo. ¡Es un ruego que yo me atrevo a hacerle!

CLARA ¡Si fuera cierto lo que usted dice!...

LALO. ¡Y es cierto, María Clara!

CLARA. ¿Qué?

LALO. Ha llegao la hora de decir la verdad, y voy a decirla por amarga que para mí sea. Gonzalo es inocente de todo. Yo solo tengo la culpa. ¡Perdóname! Te quería tanto, que no me resignaba a perderte; pero, visto lo estéril de

mis propósitos; dada tu obstinación en rechazarme, y puesto que en nada me he beneficiao con separarte de Gonzalo, yo renuncio, desde ahora, a mi sueño y te devuelvo al hombre que tú quieres. ¡Cásate con él y que seas todo lo feliz que te mereces y que yo te deseo! *(Esto último lo dice con sincera emoción.)*

CLARA. *(Compasiva.)* ¡Lalo!...

CHARI. ¡Así se porta un hombre!

LALO. *(Con la voz velada por las lágrimas.)* ¡Perdóname, María Clara! *(Sacando fuerzas de flaqueza para que no le vean llorar.)* ¡Anda, vámonos, Charo!

CHARI. Aguarda, chico. ¿Sin despedirnos de Gonzalo nos vamos a ir? *(Por la puerta del hotel baja al jardín Gonzalo.)*

CLARA. Aquí baja él.

GONZ. *(Avergonzado.)* Dios te guarde, María Clara.

CLARA. Dios te guarde, Gonzalo. ¿Estás mejor?

GONZ. Por fortuna, no ha sido más que el susto. ¡Gracias a ti por todo cuanto has hecho!

CLARA. Era mi obligación. *(Hay una pausa embarazosa. Gonzalo mira a Charito y a Lalo.)*

GONZ. ¿Nos vamos?

LALO. Nosotros, sí. ¡Tú te quedas!

GONZ. ¿Eh?

LALO. ¡Porque María Clara te perdona!

GONZ. ¿Qué?... *(Gonzalo mira anhelante a María Clara, y ésta baja los ojos al suelo, momento que aprovecha Lalo para huir.)*

LALO. *(Empujando a Charito hacia la izquierda y con profunda emoción.)* ¡Vámonos, Charo, que aquí no nos queda nada que hacer! (¡Mañana, a América! ¡Con el mar de por medio, y ni aun así podré olvidarla!) *(Se van por la izquierda Lalo y Charito. Gonzalo, tímidamente, se acerca a María Clara.)*

GONZ. ¡María Clara!

CLARA. *(Tendiéndole la mano sin levantar la vista del suelo.)* ¡Gonzalo! *(Por la derecha entran atro-*

pelladamente don Carlos, don Francisco y doña Cristina. Don Carlos abraza a Gonzalo.)

CAR. *(Afectado.)* ¡Hijo!

GONZ. ¡Papá!

FRAN. ¿Qué ha sido eso?

CRIS. ¿Qué ha sido?

GONZ. Nada, por mi suerte. Me he podido matar, pero no he hecho más que nacer de nuevo.

CAR. ¿Nacer?

GONZ. ¡Para el amor de María Clara! *(Los padres de María Clara y don Carlos dan muestras de satisfacción. Por la puerta del hotel aparecen Felipe Luis, Dorita y Tita Filo.)*

FELIPE. *(Desde lo alto de la escalinata.)* ¡Atención!

CLARA. *(Con alegría.)* ¡Tío Felipe!

FELIPE. *(Descendiendo al jardín.)* ¿Qué te dije yo, sobrina? ¡Que sea enhorabuena! *(Imponiendo silencio.)* ¡Atención! Hora de Pinos de la Sierra. *(Abrazando a María Clara y a Gonzalo.)* ¡Hora de la felicidad!

CAR. ¡Nada de Pinos de la Sierra, don Felipe! ¡Pino de la Sierra! En singular. Lo que yo prometo, lo cumplo. *(Sacando de un bolsillo de la americana una ese grande de metal.)* ¡Aquí está la ese de la estación! *(Todos se ríen, y entre las felicitaciones y los abrazos a María Clara de Dorita, Tita Filo y doña Cristina, cae el*

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.

2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.

3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.

4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.

5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.

6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.

7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.

8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.

9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.

10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.

11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.

12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.

13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.

14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.

15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.

16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.

17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.

18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.

19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.

20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.

21. *Madame. Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.

22. *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.

LEA USTED Y COLECCIONE TODOS LOS NÚMEROS Y POSEERÁ UNA SELECTA BIBLIOTECA DE OBRAS TEATRALES DE LOS MEJORES AUTORES

LA MAYORIA DE LOS CUALES HAN CONCEDIDO LA

EXCLUSIVA

DE SUS PRODUCCIONES A NUESTRA PUBLICACIÓN

EN BREVE

TAI TAO

EL PIRATA AMARILLO

Legendarias aventuras del más audaz y astuto de los célebres corsarios de la piratería china.

UN CUADERNO SEMANAL

30 CÉNTIMOS